Benjamín Martín Sánchez
Canónigo de la S. I. Catedral de Zamora

LECCIONES DE JESUCRISTO

30 meditaciones fundamentales basadas en la Biblia

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 SEVILLA

ISBN 84-7693-267-7
Depósito legal B: 39533-93
Printed in Spain

PRESENTACIÓN

Querido lector:

En este libro tienes muchas de las lecciones que Jesucristo nos da en su Evangelio; mas como para conocer mejor y comprender el valor de sus enseñanzas, crea necesario dar a conocer quién es el autor de ellas, me propongo primeramente exponer en la breve introducción que sigue, QUIÉN ES JESUCRISTO, para luego comprender mejor la importancia de los puntos principales de su doctrina.

¿Conoces tu en la actualidad quién es Jesucristo? ¡Cuántos se llaman cristianos y no lo conocen! Tu tienes que procurar conocerle bien, saber a qué vino a este mundo, cuál es el camino a seguir enseñado por Él y que es lo que quiere de ti.

Cuando esto conozcas, no dudo que empezarás a ser otro y te manifestarás como verdadero cristiano, o sea, ferviente seguidor suyo.

Yo espero que estas meditaciones fundamentales basadas en la Biblia, sean muy útiles tanto para los pecadores como para los justos. Si tu fueras uno de tantos blasfemos o ladrones o drogadictos, que va por el camino del vicio y como arrastrado al mal por las pasiones, una vez que reflexiones sobre el contenido de estas meditaciones, sin duda terminarás por dejar el camino del vicio para seguir por el de la virtud, como lo hiciera un día San Agustín y tantos otros..., y si eres justo, seguirás con mayor entusiasmo la senda de la virtud, de la que hablan así los Proverbios: «La virtud engrandece los pueblos, mientras que el pecado los hace miserables» (14,34), y reconocerás con San Juan Crisóstomo que «nada hace que los hombres sean tan insensatos como el pecado; nada que los haga tan cuerdos como la virtud, porque los hace reconocidos, buenos, dulces, humanos y misericordiosos».

Si quieres dar sentido a tu vida, lee, medita y lleva a la práctica las enseñanzas de Jesucristo, que aquí expongo para tu bien.

BENJAMÍN MARTÍN SÁNCHEZ
Zamora, 10 julio 1993

BREVE INTRODUCCIÓN

¿Quién es Jesucristo?

Esta es una pregunta de suma trascendencia, porque el que conozca bien a Jesucristo sabrá apreciar el gran valor de las lecciones y enseñanzas que Él nos da en los Evangelios.

—*Jesucristo es una persona histórica,* pues sabemos que nació en Belén de Judá y vivió en tiempo del rey Herodes, siendo gobernador romano Poncio Pilato... (Mt. 2,1; Jn. 19,1).

—*Jesucristo es Dios y hombre a la vez.* Es Dios desde la eternidad y se hizo hombre en el tiempo (Jn. 1,1 y 14; Mt. 2,11), y por eso se encarnó y vino a este mundo por medio de la Virgen María (Mt. 1,16; Gál. 4,4), y así siendo Dios quiso vivir como hombre entre los hombres con la misión de salvarlos (1 Tim. 1,15).

—*Notemos que Jesucristo es Hijo de Dios y también Hijo de María,* y por tanto tiene dos nacimientos:

1) *Uno eterno,* porque Él viene del Padre desde toda la eternidad, y así lo decimos en el Credo de la Misa: «Nacido del Padre antes de todos los siglos». Nace del Padre de manera semejante a como el pensamiento y la palabra nacen del espíritu del hombre; por eso el Hijo de Dios se llama también Verbo o Palabra eterna del Padre.

2) *Otro temporal,* porque *«cuando llegó la plenitud de los tiempos envió Dios a su Hijo nacido de una mujer»* (Gál. 4,4). El Hijo de Dios (su Verbo o Dios Palabra eterna) tomó carne de María y se hizo hombre como nosotros en el tiempo, y por lo mismo el Hijo de María es Hijo de Dios.

—*La Biblia trata de Jesucristo.* Él es su figura central, pues en Él convergen todas las profecías. Jesucristo, al hablar de la Biblia, dijo: *«Examinad las Escrituras... ellas son las que están dando testimonio de Mi»* (Jn. 5,39). *«Es necesario que se cumpla todo lo que está escrito de Mi en la Ley de Moisés, en los Profetas y en los Salmos»* (Lc. 24,44-46).

También Jesucristo es figura central de la Historia universal, pues la era cristiana es el período histórico que empieza con el nacimiento de Jesucristo, a partir del cual se cuentan los años.

Estamos en el año 1993, y al escribir una carta o un documento cualquiera, ya recordamos (ateniéndonos al cómputo vulgar) que hace 1993 años que nació Jesucristo.

¿Cuándo empezó a escribirse la vida de Jesús?

De nadie se ha escrito su vida antes de nacer, nada más que de Jesucristo. Ha habido hombres célebres, fundadores de religiones como Buda, Confucio, Lao-Tse, Mahoma y otros, pero no vemos que haya habido predicciones acerca de su venida y su mensaje; pero si las hallamos y muchas acerca de Jesucristo: *Investigad las Escrituras...* En ellas podemos ver innumerables profecías. Veamos algunas:

—En *Isaías* 7,14 (ocho siglos antes) se dice que el Mesías nacería de una Virgen y llevaría el nombre de Emmanuel, y en Mt. 1,22-23 lo vemos cumplido: *«Todo esto sucedió para que se cumpliese lo que había dicho el Señor por el profeta que dice: He aquí que una Virgen concebirá y dará a luz un hijo y se le pondrá por nombre Emmanuel»*.

—*Miqueas,* 5,2 (profecía escrita siete siglos antes), compárese con Mt. 2,3-6 y veremos que

al preguntar Herodes dónde debía nacer el Mesías, los príncipes de los sacerdotes y escribas contestaron: *«En Belén de Judá, pues así está escrito por el profeta».*

—*Zacarías* (cinco siglos antes) dijo que Jesús entraría en un asnillo triunfante en Jerusalén, y esta profecía se cumplió el domingo de Ramos, pues así lo dice el evangelista: *«Esto sucedió para que se cumpliera lo dicho por el profeta»* (Mt. 21,4-5), etc.

En consecuencia: Son muchas las profecías y figuras del A.T. que se cumplen en Jesucristo. (Véase mi libro: *«¿Quién es Jesucristo?»*).

La vida de Jesús en los Evangelios

En los Evangelios podemos ver cómo Jesús, después de pasar treinta años de vida oculta en Nazaret, empezó su vida pública predicando y haciendo innumerables milagros.

Uno que recorra ahora Tierra Santa, la antigua Palestina, el Israel de hoy, verá que aquella tierra, la patria de Jesús, nos habla de su doctrina y de sus milagros. Al pasar por *Caná de Galilea* se nos dice que allí hizo Jesús el milagro de la conversión del agua en vino; vamos a *Jericó* y allí se nos habla de los ciegos a los que dio vista y su

encuentro con Zaqueo; vamos a *Betania* y se nos enseñan el lugar donde estuvo sepultado Lázaro y después de cuatro días cadáver, Jesús lo resucitó, y en *Naín* se nos recuerda la resurrección del hijo de la viuda, etc.

También Jerusalén está llena de escenas de Jesucristo: el Calvario donde fue crucificado y muerto, y cómo resucitó al tercer día... y vemos el monte de los Olivos desde el que subió al cielo..., y el cenáculo donde tuvo lugar la venida del Espíritu Santo sobre los apóstoles... con los que fundó la Iglesia y les encargó que predicaran su Evangelio por todo el mundo...

¿Qué decían las gentes de Jesucristo?

—*«Jamás persona alguna ha hablado como este hombre»* (Jn. 7,46). *«Todos los que le oían se maravillaban de su sabiduría y de sus respuestas»* (Lc. 2,4).

—*«Su fama se extendía más y más y venían muchas gentes a oírles y a que los curase de sus enfermedades»* (Lc. 5,15), y *«le traían a todos los que padecían algún mal: a los atacados de diferentes enfermedades y dolores y a los endemoniados, lunáticos, paralíticos, y los curaba»* (Mt. 4,24).

—*«Todos glorificaban a Dios diciendo: Un gran profeta ha surgido entre nosotros, y Dios ha visitado a su pueblo»* (Lc. 7,16). *«Él es el verdadero Salvador del mundo»* (Jn. 4,22). *«Jamás hemos visto cosa parecida»* (Mc. 2,12).

Los apóstoles, al ver los grandes milagros de Jesús, decían: *«¿Quién es este que hasta los vientos y el mar le obedecen?»* (Mt. 8,27). *«Tu eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo»* (Mt. 16,16). *«Tu tienes palabras de vida eterna»...*

Jesús se proclamó ante Caifás como el «Hijo de Dios», y como para los judíos esta expresión equivalía a decir: «Yo soy Dios» intentaron apedrearle y le dijeron: *«Por ninguna obra buena te apedreamos, sino por la blasfemia, porque tu, siendo hombre, te haces Dios»* (Jn. 10,33).

Jesucristo ciertamente es Dios, porque «el Hijo natural de Dios» es Dios, porque participa de la misma naturaleza divina, así como «el hijo natural de un hombre es hombre.

Jesucristo demostró que era Dios con sus muchos milagros y profecías, especialmente con el de su resurrección. Ninguno de los llamados fundadores de religión ha resucitado a sí mismo. Sólo Jesucristo, quien dijo: *«Yo y el Padre somos uno». «El Padre está en Mi y Yo en el Padre»* (Jn. 10,38)... Y cuando dijo: *«El Padre es*

mayor que Yo» (Jn. 14,28) fue por razón de su naturaleza humana o como hombre, y así decimos: «Igual al Padre según la divinidad y menor que el Padre según su humanidad» (Credo del pueblo de Dios).

Jesús, que existió antes que el mundo existiera (Jn. 17,5), y por quien fueron hechas todas las cosas (Jn. 1,3) vino a la tierra a enseñarnos el camino del cielo, y así lo dijo: *«Si quieres entrar en la vida eterna, guarda los mandamientos»* (Mt. 19,17).

JESUCRISTO EN EL EVANGELIO

Lecciones que nos da

1. Jesús nos enseña a orar

Por el Evangelio sabemos cómo nos enseña a orar y a llamar a Dios *nuestro Padre*. Notemos que Jesucristo es Dios y es también hombre, y como hombre, que apareció en la tierra, nos dio ejemplo de oración y nos estimula a nosotros a orar con frecuencia.

En los Evangelios se nos dice que Él se levantaba muy temprano e iba a orar a un lugar solita-

rio (Mc. 1,35). Otras veces se iba a un monte para orar (Mc. 6,46) y allí *pasaba toda la noche orando a Dios* (Lc. 6,12), y siempre que quería obrar milagros, oraba antes. Oró en el Huerto de los Olivos, oró en la Cruz, y toda su vida fue una vida de oración...

Jesús nos enseñó a orar, pues dice: «Así habéis de orar: *Padre nuestro* que estás en el cielo, santificado sea tu nombre, venga a nosotros tu reino, hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo. Danos hoy nuestro pan de cada día, perdona nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden, no nos dejes caer en la tentación y líbranos del mal« (Mt. 6,9-13).

Reflexión

¿Qué es oración? Oración es hablar con Dios, tratar íntimamente con Él, amarle, suplicarle, pedirle bienes y darle gracias por los beneficios recibidos... Es además «elevación de la mente a Dios», es despegar el alma de la tierra y elevarla hacia Él.

San Agustín nos dice: «La oración es dirigir la palabra a Dios: cuando lees la Sagrada Escritura, es Dios quien te habla; cuando oras hablas tu a Dios».

La oración es facilísima; está al alcance del pobre y del rico, del niño y del anciano..., todos pueden orar fácilmente. En realidad todos oramos: el niño ruega a la madre, el pobre al rico para que lo socorra... y todos, por ser pobres y necesitados, hemos de recurrir a Dios que todo lo puede.

En los Evangelios tenemos muchos ejemplos de oraciones cortas, fáciles y eficacísimas: vg. *«Señor, si quieres, puedes limpiarme»* (Lc. 5,12). *«Señor, que vea»* (Lc. 18,41). *«Ten piedad de mi»* (Mt. 15,22). *«Sálvanos, Señor, que perecemos»* (Mt. 8,25). ¿Quién no puede orar de esta manera?

El ejemplo de Jesucristo nos habla ya de la importancia de la oración; mas Él «no oró porque lo necesitase, sino para nuestra enseñanza». Digámosle con frecuencia: «Señor, Tu sabes lo que necesitamos, socórrenos».

2. ¿Cuándo debemos orar?

Debemos orar siempre, especialmente en las tentaciones o peligros... Jesús nos dice: *«Es preciso orar siempre y no desfallecer»* (Lc. 18,1). Y el apóstol San Pablo inculca la doctrina del Se-

ñor diciendo: *«Orad sin intermisión»* (1 Tes. 5,17). *«Velad y orad, para que no caigáis en la tentación, porque el espíritu está pronto, pero la carne es débil»* (Mt. 26.41).

«Ya comáis, ya bebáis, ya hagáis cualquier cosa, haced todo para gloria de Dios» (1 Cor. 10,31). *«Alcemos nuestro corazón y nuestras manos a Dios que está en el cielo»* (Lam. 3,41).

Reflexión

¿Es posible orar en todo momento y sin interrupción? Algunos dicen: Esto es imposible. Mis trabajos y ocupaciones me lo impiden. Mas esto es un error. Los Santos nos dan la solución: «El que hace todas sus acciones según Dios, ora siempre», es decir, el que obra siempre bien, bajo la mirada de Dios ora siempre (San Veda). «El que se porta bien, ora sin cesar; su vida es una continua oración» (S. Basilio). Las obras buenas interceden ante Dios.

Y como dijo Pío XII: La oración es la respiración del alma, y así como cuando comemos y dormimos estamos respirando, y ¡pobres de nosotros si no fuera así!... Si dejamos de respirar, moriríamos..., pues bien la comida y el sueño podemos convertirlos en oración.

¿Queremos pasar el día santamente en oración? Así, al despertar, al levantarnos, ofreced a Dios vuestro primer pensamiento y todo el día, y aquel día será una oración continuada para vosotros. Id al trabajo: empezadlo ofreciéndolo a Dios, y vuestro trabajo será una continua oración. Si coméis, ofreced a Dios vuestro alimento, y todas vuestras comidas serán oraciones.

Si tomáis un útil recreo, acostumbraos a hacerlo ante Dios, y todos vuestros recreos serán oraciones. Recomienda a Dios el descanso que habéis de tomar, y vuestro descanso y vuestro sueño será una oración...

3. Poder y eficacia de la oración

Jesús dice: *«Lo que pidiereis en mi nombre lo haré»* (Jn. 14,14). *«Cuanto pidiereis en la oración con fe, lo conseguiréis»* (Mt. 21,22). *«Pedid y recibiréis...»* (Mt. 7,7. *«Oráis y no recibís, porque pedís mal»* (Sant. 4,3).

«En verdad os digo que si dos de vosotros conviniéreis sobre la tierra para pedir cualquier cosa la obtendreis de mi Padre que está en los cielos. Porque donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy Yo en medio de ellos» (18,19-20). *«A un corazón contrito y humillado,*

Dios no lo rechaza» (Sal. 51,18). *«Dios oye la oración del humilde y no la desprecia»* (Sal. 101,18). *«La oración perseverante del justo puede mucho. Rogad unos por otros para ser salvos»* (Sant. 5,16).

«El Señor está cerca de los que lo invocan, de cuantos le invocan de veras» (Sal. 145,18). *«Y la confianza que tenemos en Él, es que si le pedimos alguna cosa conforme con su voluntad, Él nos oye»* (1 Jn. 5,14).

Reflexión

Para aprender a orar, piensa que Dios te ve, ponte en su presencia y háblale. ¿De qué? De tus cosas, de tus necesidades, de tus tentaciones y preocupaciones... Pídeles gracias para ser mejor.

«Nada es tan poderoso como el hombre bueno que ora... Si Abraham hubiese solamente encontrado diez justos que hubiesen orado, Sodoma no hubiera perecido» (S. J. Crisóstomo). Debemos tener en cuenta las condiciones de la oración para que ésta resulte eficaz: atención, humildad, confianza y perseverancia.

Hay muchos ejemplos bíblicos en los que resplandece el poder de la oración: Por la oración Moisés aplacó al Señor, y no castigó como se

proponía a su pueblo, reo del enorme crimen de idolatría (Ex. 32). Orando Jeremías fue fortificado en su cárcel... Daniel, en la cueva de los leones, hizo con su oración que aquellas fieras se amansaran como corderos... Con la oración José en Egipto salió victorioso de la más terrible de las tentaciones... Y a la oración recurrió el Sabio cuando conoció que no podía tener continencia si Dios no se la daba... (Sab. 8). (Ved el ejemplo del fariseo y del publicano (Lc. 18). Los obstáculos de la oración son: perseverancia en el pecado, y no perdonar una injuria recibida...

La oración es el gran medio de santificación y del apostolado. «El que ora se salva, el que no ora se condena» (S. Alf. Ligorio).

4. La Biblia, libro de oración

Todo cuanto está escrito (en la Biblia) *para nuestra enseñanza fue escrito, a fin de que por la paciencia de la consolación de las Escrituras estemos firmes en la esperanza* (Rom. 15,4).

La Biblia trata de Jesucristo. Él lo dijo así: «*Investigad las Escrituras..., pues ellas dan testimonio de Mi*» (Jn. 5,39). «*Conviene que se cumpla cuanto está escrito de Mi, en la Ley de Moisés, en los Profetas y en los Salmos*» (Lc.

24,44). Por eso dice San Jerónimo: «Ignorar las Escrituras es ignorar a Cristo».

Dios es el autor principal de la Biblia. El se valió de hombres a los que movió e inspiró para que escribieran todo y sólo lo que Él quería. «*La Sagrada Escritura puede instruirte en orden a la salvación por la fe en Jesucristo. Pues toda la Escritura es inspirada por Dios y útil para enseñar, reprender, corregir e instruir en la justicia, a fin de que el hombre sea perfecto y apto para toda obra buena*» (2 Tim. 3,15).

Jesucristo da a la Biblia una autoridad divina, absoluta e infalible: «*La Escritura no puede fallar*» (Jn. 10,35). «*Dios nos ha hablado muchas veces y en muchas maneras antiguamente por medio de los profetas y últimamente en estos días nos ha hablado por medio de su Hijo Jesucristo*» (Heb. 1,1).

Dios, pues, nos ha hablado, y lo que nos ha dicho por los profetas lo tenemos en el Antiguo Testamento, y lo dicho por Jesucristo lo tenemos en el Nuevo, especialmente en los Evangelios.

Reflexión

La Biblia es el libro más bello e importante que hay en el mundo por contener y ser la palabra

de Dios, y porque Dios nos habla en la Biblia, San Agustín, San Jerónimo y otros Padres nos dicen: «Cuando tu oras hablas con Dios, y cuando tu lees la Escritura, Dios te habla». La Biblia, por tanto es el mejor libro de oración. En ella tenemos modelos de bellas oraciones, como las de Salomón, David, Ezequías, etc. y tenemos un libro el de los Salmos donde pueden verse oraciones admirables.

Orar con los salmos es orar con palabras de Dios, pues todos ellos son oraciones inspirados por el Espíritu Santo. Y así dice admirablemente San Agustín: «Para que Dios fuese dignamente alabado por el hombre, se alabó Él a sí mismo; y porque Él se dignó alabarse, por eso encontró el hombre manera de alabarle».

En los salmos se nos invita a alabar al Señor: *«Alabad al Señor todas las gentes, alabadle todos los pueblos...»* (Sal. 117). Y bello es el cántico de los tres jóvenes en el horno de Babilonia: *«Criaturas del Señor, alabad al Señor... Ángeles de Dios... hombres de todo el mundo..., sacerdotes del Altísimo..., sol y luna y estrellas del cielo... calor... frío... los mares, la tierra entera... bendecid al Señor y alabadle por los siglos de los siglos»* (Dn. 3).

La Biblia nos enseña la malicia del pecado, la

belleza de la virtud, el camino del cielo, y nos recuerda a cada paso la promesa de la vida eterna. Leámosla con frecuencia, empezando por los Evangelios y libros más fáciles.

5. La siembra de la palabra divina

Las palabras que leemos en la Biblia o las que oímos del predicador del Evangelio son como semilla que cae en nuestros corazones, ¿cómo las recibimos nosotros?

Jesús nos da un maravilloso ejemplo con la parábola del sembrador: *«Habiéndose reunido mucha gente y acudiendo además a Él de todas las ciudades, dijo en parábola: Salió un sembrador a sembrar su simiente. Y, al sembrar, una parte cayó junto al camino y fue pisada y la comieron las aves del cielo. Otra cayó en la piedra, y, nacida se secó por no tener humedad. Otra cayó en medio de espinas, y, al crecer con ella las espinas, la ahogaron. Y otra cayó en tierra buena, brotó y dio fruto centuplicado. Diciendo esto, clamó: ¡Quién tenga oídos para oír, que oiga!»* (Lc. 8,4-8).

Reflexión

El predicador del Evangelio es el sembrador de la palabra divina. El terreno sobre el que se siembra son nuestras almas... y según la disposición para oírla producirá mucho, poco o ningún fruto. La palabra de Dios es la semilla que cae en todo auditorio. Tres partes de la semilla se pierden y una se logra. San Juan Crisóstomo comenta:

«¿De dónde provino, dime, que se perdiera la mayor parte de la semilla? No fue por culpa del sembrador, sino de la tierra que la recibía, esto es, del alma que no quiso oír. Y ¿por qué no dice que una parte la recibieron los perezosos, y la echaron a perder; otra los ricos, y la ahogaron; otra los dados a los placeres, y la destruyeron? Porque no quiere herirlos, para no lanzarlos a la desesperación, sino que deja a los oyentes que les reprenda su propia conciencia...».

Para que el predicador haga fruto en las almas debe procurar que su voz y su palabra sea voz y palabra del Señor, y que sea espiritual y no carnal. «Si el predicador no arde, no puede encender a los que oyen»; que sea sin interés temporal; practicar lo que se predica; palabras limpias de error; no desmayar en la predicación, aunque no

se vea el fruto... Imitar a Jesucristo y predicar antes con el ejemplo, y a la predicación debe preceder la oración. «Más valen las palabras de un sacerdote caldeado en la oración, que cien sermones de un teólogo vano y disipado».

6. Jesús nace, vive y muere pobremente

Jesús vino a este mundo a enseñarnos que aquí en la tierra somos peregrinos, que estamos aquí de paso, que no tenemos una ciudad permanente (como ya explicaremos), y por lo mismo no debemos apegar nuestro corazón a las riquezas por tenerlas que dejar aquí a la hora de la muerte.

Jesús viene a decirnos con su ejemplo que la virtud de la pobreza es desprendimiento de las cosas terrenas, y su predicación es ésta: *«Si quieres ser perfecto, vende lo que tienes, dalo a los pobres y sígueme»* (Mt. 19,21). *«Bienaventurados los pobres en el espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos»* (Mt. 5,3). Nuestro modelo de pobreza es, pues, Jesucristo, quien siendo dueño de las riquezas por ser el Creador de todas las cosas, nace pobre, vive pobre y muere pobre.

1) *Nace pobre*. Nació en un establo. Estando la Virgen en Belén *«se le cumplió el tiempo de su alumbramiento, y dio a luz a su hijo primogénito*

y le envolvió en pañales y le acostó en un pesebre, porque no había lugar para ellos en la posada» (Lc. 2,6-7).

2) *Vivió pobre. «Un escriba le dijo: «Maestro te seguiré adonde quiera que vayas. Díjole Jesús: Las raposas tienen cuevas y las aves del cielo, nidos, pero el Hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza»* (Mt. 8,19-20).

3) *Murió pobre.* Muere en una cruz ofreciendo su vida en sacrificio por el pecado... e intercediendo por los pecadores... y los que estaban junto a su cruz., se repartieron sus vestidos y echaron suerte sobre su túnica (Is. 53; S. 22).

Reflexión

Nuestra naturaleza está inclinada a la comodidad, a las riquezas, a los placeres...; pero el ejemplo de Cristo se nos pone delante. Él, Creador y propietario de las riquezas existentes en el mundo, nace pobre para hacernos a nosotros ricos, para darnos a conocer que las verdaderas riquezas no son las de la tierra, que un día hemos de abandonar, sino las sobrenaturales: la gracia, las virtudes, la gloria.

El Vaticano II nos dice que la pobreza volun-

taria consiste en seguir a Cristo pobre... Necesitamos *pobreza espiritual*, desprendimiento interior de los bienes temporales, y *efectiva... «Nada trajimos al mundo y nada podemos llevarnos de él. Teniendo con qué alimentarnos y con qué cubrirnos, estemos con esto contentos»* (1 Tim. 6,7-8). *«Si las riquezas afluyen a vuestras manos, no apeguéis vuestro corazón a ellas»* (Sal. 62,11).

Tenemos que convencernos que las verdaderas riquezas no se componen de los bienes de este mundo, que hay que dejar aquí. ¿Qué se gana con poseer lo que no podemos llevar con nosotros?...

7. No alleguéis tesoros en la tierra...

Jesús nos dice: *«No alleguéis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín los corroen y donde los ladrones los horadan y roban... Atesorad tesoros en el cielo... Donde está tu tesoro, allí estará tu corazón»* (Mt. 6,19-21).

«A los ricos de este siglo encárgales que no sean altivos, ni pongan su confianza en la incertidumbre de las riquezas, sino en Dios, que abundantemente nos provee de todo para que disfrutemos, practicando el bien, enriqueciéndonos de

buenas obras, siendo liberales, dadivosos y atesorando para el futuro con que alcanzar la verdadera vida» (1 Tim. 6,17-19).

«Bienaventurado el rico que es hallado irreprensible y no corrió tras el oro..., que pudo pecar, y no pecó... ¿Quién es éste que le alabaremos porque hizo maravillas en su pueblo?» (Eclo. 31,8 ss.).

«Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura» (Mt. 6,33).

Reflexión

Pongamos las cosas en claro. Las riquezas, como don de Dios, son buenas; lo que es malo es su abuso. El rico Epulón se condenó, no por ser rico, sino por haber usado mal de las riquezas... Algunos preguntan: ¿Se puede trabajar para hacer grandes negocios? Ciertamente se puede y se debe trabajar para lograr ver establecidas grandes empresas y hacer grandes negocios. Todos debemos trabajar, porque el trabajo es virtud y es una ley santificadora y hay que evitar la ociosidad, madre de todos los vicios.

Un hombre trabajador, inteligente y emprendedor puede llegar a hacer grandes fortunas,

construyendo casas, comprando campos, levantando fábricas; pero su mérito está en no hacer esto con miras egoístas de amontonar dinero, sino en lograr, aparte del sustento para él y su familia, la colocación de los obreros posibles... y si sobra el dinero, saber hacer limosnas o fundaciones en favor de obras benéficas...

Las riquezas en sí no son pecado, pero lo son cuando se emplean mal y no se distribuyen entre los necesitados. Muchos imitan al rico del Evangelio, que soñaba en hacer mayores graneros para su mucha cosecha y luego darse a la buena vida de gozar y pasarlo bien..., mas les tocará oír sin duda, a los que obran así, como a él: *«Necio, esta noche te arrancarán el alma, y estas riquezas ¿a qué manos irán a parar?»*. San Basilio comenta: «¿Buscáis graneros? Ya los tenéis: esos graneros son el estómago de los pobres hambrientos.

«Mejor es dar limosna que acumular tesoros; pues la limosna libra de la muerte y limpia de todo pecado» (Tob. 12,4 ss.).

«Da de tu pan al hambriento y de tus vestidos al desnudo. Todo cuanto te sobrare dalo de limosnas, y no se te vayan los ojos tras lo que dieres» (Tob. 7,16).

Dios en este mundo padece frío y hambre en

la persona de todos los pobres, como dijo Él mismo: *«Cada vez que lo hicisteis a uno de estos mis humildes hermanos, a Mí me lo hicisteis»* (Mt. 25,40). El mismo Dios que se digna dar en el cielo quiere recibir en la tierra.

8. Aprended de Mí...

Jesús nos da una gran lección de humildad: *«Aprended de Mí que soy manso y humilde de corazón»* (Mt. 11,29). Él, siendo Dios, se anonadó, tomó la naturaleza de esclavo y lejos de buscar su gloria (Jn. 8,50), se humilló hasta lavar los pies a sus discípulos (Jn. 13,14) y hasta morir en una cruz (Fil. 2,8)... *«El que se ensalza será humillado, y el que se humilla será ensalzado»* (Lc. 14,11). *«No te tengas por sabio; teme a Dios y evita el mal»* (Prov. 3,7). Muchos *«alardeando de sabios, se hicieron necios»* (Rom. 1,22). *«¿Qué tienes que no hayas recibido de Dios? y si lo recibiste, ¿de qué te glorías como si no lo hubieres recibido?»* (1 Cor. 4,7).

Lo opuesto a la humildad es la soberbia. *«¿De qué te ensorbebeces polvo y ceniza?... El principio de la soberbia es apartarse de Dios y alejar de su Hacedor el corazón, porque el principio de todo pecado es la soberbia»* (Eclo. 10,6-15).

«Dios resiste a los soberbios y a los humildes da su gracia» (1 Ped. 5,5). *«Dices: Yo soy rico, me he enriquecido y de nada tengo necesidad, y no sabes que eres un desdichado, un miserable, un indigno, un ciego y un desnudo»* (Apoc. 3,17).

Reflexión

¿Qué es la humildad? Una definición precisa es la de Balmes: «El conocimiento claro de lo que somos sin añadir ni quitar nada». Santa Teresa lo dice así: «Humildad es andar en la verdad», y la verdad es que no tenemos nada de bueno que no hayamos recibido de Dios. Las imperfecciones o defectos es cosa nuestra.

El verdadero humilde es, pues, el que se reconoce hechura de Dios y que todo cuanto tiene de inteligencia, de hermosura, de dignidad de hijo de Dios... lo ha recibido de Él y a Él lo refiere... San Agustín, dice: «Toda tu humildad consiste en que te conozcas a ti mismo... Que os conozca, Señor, y me conozca. Que conozca a Dios para amarle, y me conozca a mí para despreciarme».

Tobías decía a su hijo: *«No permitas que la soberbia domine en tus pensamientos y palabras; la soberbia es el principio de todos los males»* (4,14).

Y Santa M. Sofía Barac decía: «Un átomo de humildad vale más que una montaña de buenas obras. La humildad y la sencillez son los verdaderos manantiales de la perfección».

No hay humildad sin mansedumbre y olvido de sí. La humildad es la virtud de las almas grandes. Si tuviéramos un sólo átomo de humildad, soportaríamos gozosos las contrariedades, los olvidos y cualquier otra falta. ¿Acaso no tienen los demás que soportar las nuestras?

Que nos pospongan a los demás, que nos olviden y hasta nos desprecien..., digamos esta sola palabra: «Lo hemos merecido».

Los verdaderos humildes han de seguir a Cristo pobre, humilde y cargado con la cruz para merecer luego ser compañeros de gloria (LG. 4).

«El que bien se conoce tiénese por vil y no se deleita en alabanzas humanas» (Kempis).

9. Bienaventurados los limpios de corazón

Jesús dijo: *«Bienaventurados los limpios de corazón porque ellos verán a Dios»* (Mt. 5,8). Las Escrituras Santas alaban la virtud de la castidad y condenan el vicio de la impureza. *¡«Oh, qué bella es una generación casta y con esclare-*

cida virtud! Inmortal es su memoria y su honor delante de Dios y de los hombres» (Sab. 4,1).

San Pablo nos habla de las tendencias contrarias entre la carne y el espíritu, y así dice: *«La carne guerrea contra el espíritu y el espíritu contra la carne»* (Gál. 5,17). *«¿No sabéis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, que está en vosotros...? Glorificad, pues, a Dios en vuestros cuerpo»* (1 Cor. 6,19-20). Los lujuriosos, *«los que viven según la carne, no pueden agradar a Dios»* (Rom. 8,8).

Dios castiga grandemente el pecado de impureza. Por este pecado mandó un día el diluvio sobre la tierra (Gén. 6,5-6), y otro día hizo llover fuego y azufre sobre Sodoma y Gomorra, porque sus pecados de impureza clamaban venganza al cielo (Gén. 19). Y San Pablo dice: *«Bien manifiestas son las obras de la carne: el adulterio, fornicación, deshonestidad, lujuria... Los que tales cosas hacen, no heredarán el reino de Dios»* (Gál. 5,19).

Reflexión

Grandes son las tentaciones de la carne, y el que se deja llevar de ellas muere para las virtudes y crece para los vicios. El hombre debe luchar mucho para mantenerse casto, porque el pecado

torpe envilece, degrada y esclaviza, y como dice Santo Tomás «aleja al hombre infinitamente de Dios». San Ambrosio también dice: «El que empieza a entregarse al vicio de la impureza, empieza también a alejarse de la fe». Por eso hay tantos incrédulos. «La luz de la fe es como la de una vela; en un aire impuro se apaga».

El vencimiento de los pecados torpes proporciona salud espiritual al alma y salud corporal. La pureza ennoblece el espíritu, aclara la inteligencia, eleva la mente, acerca a Dios y con ella no hay dificultad ni problema... El corazón puro tiene horizontes muy amplios, la claridad de las cosas, serenidad en las luchas, celo por el bien...

La pérdida de la pureza acarrea la pérdida de la paz, de la alegría y envilece el amor. También acarrea la ruina de la salud corporal y espiritual y suele perturbar el sistema nervioso. El placer, dice San Agustín, es de un instante, y el castigo de este instante culpable es eterno.

Las almas grandes han sido muy amantes de esta virtud, y conociendo su valor, todos deben poner los medios para mantenerse castos... Estos son: Fortificar la voluntad, quererlo de veras, oración, huida de ocasiones, presencia de Dios, los sacramentos, devoción a la Virgen María... (Ved mi libro: *«Joven, levántate«*). El amor a la

pureza es raíz de las vocaciones sacerdotales y religiosas.

10. No nos dejes caer en la tentación

Las tentaciones no han de faltar, y por eso Jesús nos enseñó a rezar así: *«No nos dejes caer en la tentación y líbranos del mal»*. Las almas justas, dice la Escritura Santa, no se verán libres de tentación: *«Hijo mío, si te das al servicio de Dios, prepara tu alma para la tentación... Pues como en el fuego se prueba el oro y la plata, así los hombres gratos a Dios se prueban en el crisol de la tribulación»* (Eclo. 2,1 y 5).

Jesús fue llevado por el Espíritu al desierto para ser tentado por el diablo (Mt. 4,1), y fue tentado en todo a semejanza nuestra, fuera del pecado (Heb. 4,15).

«Bienaventurado el hombre que sufre con paciencia la tentación, porque después que fuere así probado recibirá la corona de la vida que Dios ha preparado a los que le aman» (Sant. 1,12).

Vigilad y orad para que no entréis en la tentación (Mt. 26,41).

Reflexión

San Agustín dice: Hay dos clases de tentaciones: una para «probar», la cual viene directamente de Dios; otra para «seducir» que tiene por autor al demonio, el cual, para conseguir más fácilmente su fin, se sirve del mundo y de nuestra concupiscencia.

La tentación es una incitación al mal, y en sí no es pecado, sino su consentimiento. «Cristo fue tentado para que el cristiano no fuese vencido»... (S. Agustín).

San Pablo de la Cruz dice: «Las almas más queridas de Dios son las más probadas, afligidas y tentadas... Todo el infierno junto no puede haceros caer en la tentación, cuando vuestra voluntad es tan fuerte y constante en no consentir... En las tentaciones impuras humillaos ante el Señor, pero con corazón pacífico y manso... En la batalla contra la castidad no se vence más que huyendo... Hay que evitar la ocasión y fortificar la voluntad para no consentir».

Hay que luchar para vencer. Vencer es decir NO. La puerta del pecado es la voluntad. De la voluntad depende la victoria o la derrota. Pío XII dice: Cuantos vivimos en el mundo de hoy «tenemos necesidad de fuerza y de valor para triun-

far a cada paso de las tentaciones, de las seducciones, de nuestras propias tendencias con un enérgico ¡no!».

La tentación es un combate y hay que «esperarla», no buscarla, porque *«el que ama el peligro, perecerá en él»* (Eclo. 3,27). Hay que esperarla preparado con la oración...

No te turbes ante la tentación. La fe nos asegura que jamás las tentaciones superan nuestras fuerzas (1 Cor. 10,13). *«Grandes tentaciones están reservadas para los justos; pero el Señor los librará de todos los males»* (Sal. 34,20).

11. El camino de la cruz...

Jesucristo, en el monte Calvario, fue clavado en una cruz y elevado para que mirándole a Él y creyendo fuéramos salvos. Él lo predijo al decir: *«Lo mismo que Moisés elevó la serpiente en el desierto, así tiene que ser elevado el Hijo del hombre para que todo el que cree en Él tenga vida eterna. Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único...»* (Jn. 3,15-16).

San Pablo, reconociendo que la crucifixión de Jesucristo fue obra de su grande amor a los hombres, exclamó: *«Me amó y se entregó a la muerte por mí»* (Gál. 2,20). San Agustín comenta este

hecho diciendo: «Mirad las heridas de Jesús clavado en la cruz; reparad en la sangre del que muere, y notad a qué precio paga el rescate... Tiene la cabeza inclinada para besar a los hombres; el corazón abierto para amarlos; los brazos extendidos para abrazarlos, y todo el cuerpo expuesto para rescatarlos. Apreciad toda la magnitud de estas manifestaciones de amor, pesadlas en vuestro corazón a fin de encerrar enteramente en él al que por nosotros fue clavado en la cruz...».

Notemos que la vida de Jesucristo no fue vida de comodidad y de regalo y quiso le siguiéramos por el camino de la cruz, y por eso nos dice: *«El que quiera venir en pos de Mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame»* (Mt. 8,34). *«Quien no carga con su cruz y viene en pos de Mí, no puede ser mi discípulo»* (Lc. 14,27). *«Y llevando Él mismo su cruz a cuestas fue caminando hasta el sitio llamado el Calvario...»* (Jn. 19,16).

Reflexión

Sabiendo que Jesucristo nos redimió por medio de la cruz, o sea, por sus sufrimientos, el deber de todo cristiano es aceptar toda clase de dolores e imitar a los santos, tan amantes de la cruz, que han sabido sufrir por amor al que ha sido nuestro Redentor.

Jesús nos dice: *«El que quiere venir en pos de Mí, niéguese a sí mismo»*. «De este pensamiento se deduce manifiestamente que no es cosa cualquiera seguir a Cristo y que nadie puede ir en pos de Él, si no se niega previamente a sí mismo. Niéguese a sí mismo el que, convirtiéndose, abandona su antigua mala vida, y si, por ejemplo, era lujurioso, que deje de serlo; si era necio que huya de la necesidad y reciba la sabiduría; si tímido, que se revista de valor... Mas el que no se niega a sí mismo, sino que se vanagloria, está negando al Señor, y sabido es que el que niega a Cristo es negado por Él... Abstenerse de pecar es ya una negación de nuestro yo, que nos conduce a ir tras Jesús...» (Orígenes).

Negarse a sí mismo es contrariar las pasiones, es obrar no según la propia voluntad, sino según la voluntad de Dios, la cual se nos manifiesta a través de sus mandamientos. Tenemos que aprender a saber sufrir, imitando a tantas almas santas que preferían morir antes que no sufrir... e irse mortificando en las cosas pequeñas. ¡Cuántas almas llevadas de un celo indiscreto, se disciplinan, quieren extenuar su carne, y no saben luego sufrir una palabrita de crítica a un pequeño desprecio que le hacen!

«Esa palabra acertada, el chiste que no salió

de tu boca, la sonrisa amable para quien te molesta, aquel silencio ante la acusación injusta, tu bondadosa conversación con los cargantes y los inoportunos, el pasar por alto cada día, a las personas que conviven contigo, un detalle y otros fastidiosos e impertinentes... Esto con perseverancia, si que es sólida mortificación interior» (Escrivá. Camino. 173).

12. Para lograr la santidad

Sólo Jesucristo que era la suma santidad, pudo hacer este reto a sus enemigos: «*¿Quién de vosotros me argüirá de pecado?*» (Jn. 8,46), y Él es el que nos invita a todos a ser perfectos y santos: «*Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto*» (Mt. 5,48), y debemos serlo en la medida que nos es posible.

Dios «*nos eligió antes de la creación del mundo para que fuésemos santos*» (Ef. 1,4) y sigue diciéndonos: «*Sed santos, porque Yo soy santo*» (Lev. 9,2).

Todos en la Iglesia, dice el Conc. Vaticano II, ya pertenezcan a la jerarquía, ya a la grey, son llamados a la santidad. Pues «*ésta es la voluntad de Dios, vuestra santificación*» (1 Tes. 4,3).

La santidad consiste en «conformar nuestra

voluntad con la voluntad de Dios», y ésta se nos manifiesta en sus mandamientos y en sus consejos... Juan Pablo II lo dijo así con estas palabras: «La santidad es la alegría de hacer la voluntad de Dios»...

Reflexión

La santidad es vida de la gracia y obra nuestra, pues depende de nuestra voluntad, de amar mucho a Dios y al prójimo por Dios, y por amor a Dios debes luchar contra las pasiones, corresponder con bondad a la malicia del prójimo, y a la dureza con la dulzura... Progresar en la vida de gracia es progresar en santidad.

¿Cuál es la virtud más necesaria para ser santos? Santa Teresa del Niño Jesús dijo: «La virtud más necesaria para ser santos es la ''energía'', esto es, quererlo de veras, poner los medios conforme a la voluntad de Dios.

La santidad no es complicada, pero exige vencimientos. La santidad es ante todo un don de Dios, comunicado en el bautismo, o sea, la vida nueva o vida de la gracia que se recibe en él como germen, y ha de desarrollarse y perfeccionarse en cada uno de los justificados a lo largo de su vida «mediante esta gracia de Dios y el esfuerzo

personal», cuyo esfuerzo consiste en seguir a Cristo pobre, humilde y cargado con la cruz, es decir, el cristiano debe conformarse con su imagen (Rom. 8,29).

La santidad es la única razón de ser de un alma consagrada. Si no es santa, ¿para qué sus renuncias, sus votos, su consagración y su vida?

«Dices que quieres ser santo y perfecto. Esto es no decir nada; porque eso lo quiere todo el mundo. Todos quieren ser buenos si no costara nada. Lo que importa es saber si estás dispuesto a todos los sacrificios y a poner todos los medios para adquirir la perfección y la santidad y practicar todas las virtudes. Sin esto no hay virtud ni santidad posible. La condición que Dios nos puso para alcanzar los bienes del cielo es la mortificación. Por eso hay tan pocos santos y virtuosos en verdad.

Hasta hoy nadie en el mundo ha descubierto otro camino para ir al cielo que el de la cruz y seguimiento de Cristo...» (P. Osende O.P.).

13 Sufrid con paciencia

«Si sufrís con paciencia las pruebas haciendo el bien, es una gracia ante Dios. A esto habéis sido llamados porque Cristo ha sufrido por voso-

tros, dejándoos ejemplo para que sigáis sus pasos» (1 Ped. 2,20-21).

Nadie quiere sufrir porque la naturaleza humana se resiste a cuanto la contraría; pero el hecho es que nadie está ahora excluido del dolor, y tan extendido está en el mundo que lleva el calificativo de un «valle de lágrimas».

El origen del mal y de los sufrimientos: hambre, pestes, guerra, muerte... es el primer pecado de nuestros primeros padres y también nuestros pecados personales. En la Escritura leemos: *Por Adán, el primer hombre, entró el pecado en el mundo y por el pecado el dolor, el sufrimiento y la muerte* (Rom. 5,12).

También los males que padecemos son debidos a nuestros pecados personales. ¡Cuántas enfermedades son el resultado de la sensualidad y de la intemperancia! Así vemos que unos sufren por glotonería, otros por embriaguez, por darse el deleite o placeres impuros...

La Escritura también nos dice que el sufrimiento es herencia de los buenos. Jesús dice: *«A Mí me han perseguido, y a vosotros os perseguirán»* (Jn. 13,20). *«Todos los que quieran vivir piadosamente, siguiendo a Cristo, padecerán persecuciones»* (2 Tim. 3,12); pero es un consuelo saber que Jesús nos dice: *«Bienaventu-*

rados los que padecen persecución por ser justos» (Mt. 5,10) *«Los padecimientos del tiempo presente no son nada en comparación con la gloria que ha de manifestarse en nosotros»* (Rom. 8,18).

Reflexión

Sabiendo que el dolor es inevitable, lo esencial es «saber sufrir». «En la aflicción los malos odian a Dios y blasfeman contra Él; los buenos, en cambio, oran y le alaban» (S. Agustín), y se esfuerzan por no perder el mérito y la recompensa del sufrimiento, pues *«si padecemos juntamente con Cristo, con Él seremos glorificados eternamente»* (Rom. 8,17).

Aprender a sufrir es la más grande y más útil asignatura de la presente vida, y esta asignatura se aprende de un Maestro: de Jesucristo en la cruz. «No hay hombre alguno que esté libre de tribulación aunque sea rey o el mismo Papa» (Kempis).

Juan XXIII dijo al morir: «Sufro mucho, mucho; pero sufro con amor. Me he alegrado en lo que se me ha dicho: Vamos a la casa del Señor». Todos hemos de tener nuestra cruz en esta vida, y todo el mérito está en saberlo llevar. San

Juan de la Cruz decía: «¿Qué sabe el que no sabe sufrir?».

«¡Sufrir y no hacer sufrir!, he aquí el gran lema de la santidad». En la mano tienes tus armas invencibles: «Sufre, calla y ora». Lo santos sabiendo que *«por muchas tribulaciones hemos de entrar en el reino de los cielos»* (Hech. 14,21), amaban tanto el sufrimiento, que decían como Santa Teresa: «Padecer o morir», y Santa Teresa de Lixieus decía: «Amar, sufrir, siempre sonreír».

«Cuando Dios envía a un alma, sin culpa suya, grandes sufrimientos, señal clara es que pretende elevarla a gran santidad» (S. Ign. de Loyola).

«El misterio del dolor humano se esclarece contemplando el misterio del dolor divino» (Gar-Mar).

14. Amaos los unos a los otros...

En la Biblia leemos: *«Amemos a Dios porque Él nos amó primero»* (1 Jn. 1,19). *«Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente... y al prójimo como a ti mismo. De estos dos mandamientos penden toda la Ley y los Profetas»* (Mt. 22,39-40). Nosotros debemos amar a Dios porque a Él le debemos el ser, la vida, la inteligencia, la salud...

Si Dios nos ha creado y redimido por amor, deber nuestro es corresponder a tanto amor. Y a su vez debemos amar a nuestro prójimo, porque, como nos dice el apóstol, *«toda la Ley se resume en este mandamiento: Amarás a tu prójimo como a ti mismo»*. Jesús nos manda que *«nos amemos unos a otros como Él nos ha amado«* (Jn. 15,12) y que amemos a nuestros enemigos y oremos por los que nos persiguen y calumnian... (Mt. 5,44).

Tengamos presente esta regla de oro: *«Haced vosotros con los demás hombres todo lo que deseáis que ellos hagan con vosotros»* (Mt. 7,12). Que nuestra caridad sea práctica: *«El que tuviere bienes de este mundo y, viendo a su hermano tener necesidad, le cierra sus entrañas, ¿cómo puede estar el amor de Dios en él? Hijitos, no amemos de palabra, ni de lengua, sino de obra y en verdad»* (1 Jn. 3,17-18).

«No volváis mal por mal; procurad el bien a los ojos de todos los hombres... Si tu enemigo tiene hambre, dale de comer; si tiene sed, dale de beber; que haciendo así amontonarás carbones encendidos sobre su cabeza (esto le hará recapacitar y se volverá a vosotros con amor). *No te dejes vences del mal, antes vence al mal con el bien»* (Rom. 12,9 ss.).

Reflexión

El auténtico cristianismo es vida de caridad. Caridad es hacer bien a todos. El que hace mal a otros se lo hace a sí mismo, y Dios no le bendice. El hacer mal es de corazones ruines. Esfuérzate por hacer bien a todos, y si hallas enemigos en el camino de la vida, véngate de ellos a ejemplo de Jesucristo; con la oración, el perdón y el amor. Acostúmbrate a devolver bien por mal.

La caridad viene de Dios (Rom. 5,5) y se conoce por oposición al egoísmo. Éste se combate con el interés por los demás y con el desprendimiento. El amor enseñado por Jesucristo es el camino más corto y más seguro para ir al cielo. Imita a Jesús, ora por todos, aún por tus enemigos. Cuando te cueste amar, piensa que Dios vino a la tierra a enseñar a los hombres a que no se odiasen ni se matasen. El amor no excluye a nadie.

«En este mundo, dice San Agustín, ninguna cosa es mayor como el alma que tiene caridad... Ama a Dios y haz lo que quieras; si callares, calla por amor; si perdonares, perdona por amor; si castigares, castiga por amor; porque lo que por este amor se hace es meritorio delante de Dios».

«Con la persona que te contraría y te hace padecer, pórtate como te portarías con la persona

que tú más quieres en este mundo». La caridad, al igual que Jesucristo, pasa por todas partes sembrando el bien, perdonando sin rencor, no conservando el recuerdo del mal recibido. Ella escribe los beneficios en mármol y las injurias en la arena. (Ved el himno de la caridad en Rom. 13).

15. No pierdas la juventud

Dice un proverbio: *«Instruye al niño en su camino, que aún de viejo no se apartará de él»* (Prov. 22,6).*« Lo que no se siembra en la juventud, no se recoge en la vejez»* (Eclo. 25,5). Por eso dice el Sabio: *«Hijo mío, desde tu mocedad date a la buena doctrina, y hasta tu ancianidad hallarás sabiduría. Allégate a ella como ara y siembra el labrador, y espera buenos frutos»* (Eclo. 6,18-19).

«En los días de tu juventud acuérdate de tu Hacedor» (Ecl. 12,1), ten presentes las enseñanzas de tu Dios, las que tienes en la Biblia... *«Huye las pasiones juveniles —evita toda clase de impurezas— sigue la justicia, la fe, la caridad, la paz con todos los que invocan al Señor con puro corazón»* (2 Tim. 2,22).

El Sabio dice: «Alégrate joven en tu mocedad

y alégrese tu corazón en los días de tu juventud, *y si* sigues los impulsos de tu corazón y los atractivos de tus ojos, ten presente que de todo esto te pedirá cuenta Dios (Ecl. 11,9).

«Engañosa es la gracia, vana la hermosura, la mujer que teme a Dios, esa es de alabar» (Prov. 31,30).

Reflexión

La juventud es la más hermosa y la más difícil; la más hermosa, porque está muy expuesta a marchitarse como la flor, y la más difícil porque es la edad de las pasiones y éstas son difíciles de regir y de soportar... La edad de la juventud y de los placeres pasa muy pronto... ¡pasa y no vuelve más!

Para la formación de la juventud es necesario el poderoso auxilio de la religión. «La buena educación de la juventud, para que sirva de amparo a la fe y a la religión, y a la integridad de las costumbres, debe empezar desde los más tiernos años en el seno de la familia» (León XIII).

«El árbol a los principios, cuando está tierno, fácilmente le podéis enderezar para que se haga un árbol muy hermoso. Pero después, si lo dejáis crecer y va torcido... primero le quebraréis, que

le enderecéis; de esa manera se quedará toda la vida» (P. Alonso Rodríguez).

El presente de la juventud es el porvenir de la patria. ¡Joven! no seas holgazán...; aprovecha bien el tiempo para adquirir ciencia y santidad. El trabajo es virtud...

Los jóvenes que viven cristianamente admiran a las chicas castas y jamás las seducen... Debes saber cortar ciertas amistades y diversiones a tiempo, y santificar tus conversaciones. Que Cristo *viva* en tus diversiones...

Cristo nos dice: *«Yo soy la Vida..., el Pan de vida...»*. Acércate a Él, fuente de vida para no morir a la vida de la gracia. Frecuenta los sacramentos.

Joven, eres «reina» por el dominio de tus sentidos, por el adorno de tu pureza, vigila para que no te conviertas en esclava. Haz fecunda la edad de tu vida. Ten presente que tu juventud pasa como la flor. ¡Juventud es primavera, que pasa y no vuelve más! (Para esta edad de la juventud en la que hay que dominar las pasiones, recomiendo el libro: «Joven, levántate»).

16. Jesús... y la juventud

Jesús amaba con predilección a los niños (Mt.

19,14) y también a los jóvenes. Recordemos el caso del joven rico. A éste le preocupaba la vida futura y le pregunta a Jesús: *«¿Qué tengo yo que hacer para conseguir la vida eterna?, y Jesús le respondió: «Si quieres alcanzar la vida eterna, guarda los mandamientos». Jesús se los recordó, y el joven le dijo: Todos los he cumplido, y ¿qué me falta? Jesús le contestó: Si quieres ser perfecto, anda, vende cuanto tienes, y dalo a los pobres y tendrás un tesoro en el cielo, y ven y sígueme. Mas el joven al oír esta razón, se marchó triste, porque poseía muchas riquezas»* (Mt. 19,16-22).

Por el apego a las riquezas, el joven se alejó de Dios, y otros se alejan de Él en la actualidad porque se dejan arrastrar por sus pasiones, y les falta el ser hombres de carácter, de una voluntad firme y decidida, como lo fue un día San Agustín y tantos otros, que dieron un NO rotundo al camino del vicio para seguir el de la virtud.

Reflexión

¿Cómo vive hoy la juventud? Hoy la juventud, ansiosa de felicidad, va por caminos del placer, visitan discotecas, entablan conversaciones con otros jóvenes sumergidos en el ambiente

del mundo, de los que no suelen oír más que palabras groseras y obscenas... y viene el despertar de las pasiones... y ¿qué sucede?, que unas jóvenes terminan perdiendo la pureza y la fe..., otras se ven llenas de dudas, de angustias y se ven tristes, porque el mundo no llena su corazón, y es que han nacido para cosas mayores...

El corazón humano siempre está sediento de algo que pueda llenarlo y como no lo llenan los placeres del mundo ni las diversiones frívolas que hay en él, por eso muchos jóvenes y muchas jóvenes, sin saberlo, tienen sed de Dios, sed de lo infinito, sed de cuanto nos dice Jesucristo en el Evangelio..., y entonces muchos deciden su futuro destino y piensan en la vida religiosa.

Si muchas jóvenes considerasen el valor y belleza de una vida entregada a Dios, y preveyesen las cruces y sufrimientos que le esperan en el matrimonio, ¡cuántas se consagrarían a Dios y renunciarían a los placeres efímeros del mundo! Y si se dieran cuenta de la alegría y dicha de que disfrutan las religiosas y del camino seguro de salvación, no dudo que los Institutos, casas religiosas y conventos se verían abarrotados de almas consagradas.

La vocación a la vida religiosa como a la vida sacerdotal es una gracia especial, un don de Dios,

que pide correspondencia y cierta valentía de nuestra parte, porque la vida consagrada exige vencimientos, pero estos proporcionan una alegría tal que el mundo no puede dar.

No hay duda que una joven o un joven sienten el amor humano; pero por un *amor superior*, por amor a Cristo que se nos presenta como Modelo que debemos imitar, deja todos los amores terrenos, y termina renunciando al matrimonio, al amor de todo hombre mortal...

17. Valor de la gracia y malicia del pecado

1) *La gracia. «¡Si tú conocieras el don de Dios!»* (es decir, la excelencia, el valor y hermosura de la gracia) (Jn. 4,10)... En nosotros hay dos vidas: *la natural y la sobrenatural*. El principio interno de la vida natural es el alma; y el principio de la vida sobrenatural es la gracia.

La gracia es un don sobrenatural que Dios nos concede por los méritos de Jesucristo para nuestra salvación eterna. Aparte de la gracia *actual*, que se nos da como un auxilio o socorro de momento (como es vg. una muerte repentina, una predicación o un buen ejemplo para movernos a salir del pecado y obrar el bien), se nos da la gracia *habitual o santificante*, que es la propia vida del alma.

La gracia viene a nosotros por primera vez en el bautismo (pues por este sacramento se nos quita el pecado original o los personales que uno tuviera cuando es adulto); la gracia *se pierde* por el pecado mortal, y *se recupera* por otro sacramento, el de la penitencia.

2) *El pecado*. En la Biblia se nos da esta definición: «*Pecado es la transgresión de la Ley de Dios* (1 Jn. 3,4), o sea, toda desobediencia a la voluntad de Dios, manifestada en sus mandamientos.

Para saber qué es pecado, basta atender a lo que nos manda o prohíbe la ley de Dios. Todo pecado supone necesariamente dos cosas: una ley terminante de parte de Dios, y una desobediencia terminante de parte del hombre.

Dios dice: No blasfemes, santifica las fiestas, no mates, no robes, no cometas actos impuros... Si el hombre dice: *No quiero*, al no obedecer el mandato de Dios comete un pecado, porque quebranta su Ley.

Reflexión

Pío XII dijo, y lo han repetido Pablo VI y Juan Pablo II: «Se ha perdido el sentido del pecado» y a la verdad hoy muchos no dan importancia a

lo que Dios ordena y prohíbe, y esto no deja de ser una grave enfermedad de nuestro tiempo.

¡Con qué facilidad se peca! Se falta a Misa por que no tengo gana, porque no me dice nada, y no se dan cuenta que Dios no dice sólo: No mates, no robes..., sino que dice también: *Santifica las fiestas*, que es mandamiento de Dios... Se comete un pecado torpe, y se quiere disculpa, diciendo: ¡ligereza de la juventud!. Pero Dios habla de otro modo. El pecado es una ofensa, una desobediencia, una ingratitud de la criatura para con Dios, su Creador y Redentor.

La malicia del pecado la podemos comprender por sus efectos o castigos: Por un pecado solamente y éste de pensamiento, Dios arrojó a los ángeles en el infierno (2 Ped. 2,4); por un pecado de desobediencia, de nuestros primeros padres, el mundo quedó convertido en un valle de lágrimas. *El diluvio de agua* y el de fuego sobre Sodoma y Gomorra y tantos otros castigos, como leemos en la Biblia, fueron debidos porque sus pecados clamaban venganza al cielo.

En consecuencia: El pecado es un grandísimo mal, porque despoja al alma de la gracia divina y la priva de la bienaventuranza eterna.

La gracia es un don de Dios, un don precioso y sobrenatural que embellece nuestra alma, pues

la despoja de la negrura que la envolvió el pecado para revestirla de la pureza y de la santidad de Dios.

Los que viven en pecado mortal *«tienen el nombre de vivientes, pero en realidad están muertos»* (Apoc. 3,1): Viven en cuanto al cuerpo, pero su alma está muerta, porque le falta la vida de la gracia. Hemos de procurar vivir en gracia, pues es lo único necesario y tiene más valor que todas las riquezas del mundo. A este fin hemos de cooperar con la gracia a vivir santamente, pues, como dice San Agustín: «Dios, que te ha creado sin ti, no te salvará sin ti». Y San Cirilo de Alejandría dijo: «Así como la pluma o el arma necesita la mano que la maneja, de un modo análogo la gracia necesita almas que la reciban con fe».

Para permanecer en gracia es necesaria la oración, frecuencia de sacramentos, huida de ocasiones de pecado...

18. Los sacramentos de la penitencia y la Eucaristía

La Iglesia nos ha enseñado desde su fundación que Jesucristo instituyó siete sacramentos para comunicarnos la vida sobrenatural o gracia divina, que nos mereció en la cruz, y Él nos dice:

«Yo he venido para que las almas tengan vida y la tengan abundante» (Jn. 10,10).

Nos vamos a fijar en estos dos sacramentos: el de la penitencia y el de la Comunión, que todos debiéramos frecuentar para poder permanecer en gracia o amistad con Dios.

1) *La penitencia* la podemos considerar como virtud y como sacramento. Como sacramento es un rito instituido por Jesucristo para perdonar los pecados cometidos después del bautismo. Este sacramento se llama también «confesión» por ser necesario confesar los pecados para recibir el perdón (OT. 5). Y lo recibimos cuando nos confesamos bien y recibimos la absolución. La confesión debe ser sincera, sin ocultar pecados para no cometer sacrilegio...

Jesucristo concedió a sus apóstoles y sucesores (obispos y sacerdotes) el poder de perdonar pecados con estas palabras: *«Recibid el Espíritu Santo; a quienes perdonareis los pecados, les serán perdonados; a quienes se los retuviereis, les serán retenidos»* (Jn. 20, 22-23).

2) *La Eucaristía* es otro sacramento instituido por Jesucristo para ser nuestro alimento y nuestro compañero. El pan ordinario es el alimento de nuestros cuerpos, y el pan eucarístico es el alimento de nuestras almas.

La Eucaristía es el sacramento del cuerpo y sangre de Jesucristo bajo los accidentes de pan y vino. Él prometió darnos a comer su carne y sangre de un modo sacramental, pero real al decirnos: «*Yo soy el pan vivo bajado del cielo... y el pan que Yo daré es mi carne. Quien come mi carne y bebe mi sangre tendrá vida eterna y yo lo resucitaré en el último día; porque mi carne es verdadera comida y mi sangre verdadera bebida.* (Jn. 6,51-55), y en la víspera de su pasión tomó el pan en sus manos, lo bendijo, lo partió y lo dio a sus discípulos, diciendo: *Tomad y comed: ESTO ES MÍ CUERPO... Haced esto en conmemoración mía*» (Mt. 26,26-28; Lc. 22,19).

Comulguemos con frecuencia para sostenernos en nuestra vida de gracia, pero jamás lo hagamos indignamente o sea, en pecado mortal, porque el apóstol nos dice: «*el que come indignamente de este pan, es reo del cuerpo y de la sangre del Señor*» (1 Cor. 11,27-29).

La Eucaristía, pues, es la Hostia consagrada que se expone por el sacerdote en el altar, la que se eleva en la santa Misa para ser adorada de los fieles.

Reflexión

La confesión es la acusación de los pecados propios cometidos después del bautismo, hecha a un sacerdote aprobado y en orden a la absolución. Después de hecho el examen de conciencia y conocidos nuestros pecados, hay que hacer un acto de contricción, confesarlos y detestarlos, y cuando el sacerdote dice «Yo te absuelvo...», es Cristo el que perdona... Y cuando el alma está limpia de pecados mortales, se puede uno acercar a comulgar.

Jesucristo se hace presente en la Eucaristía por las palabras de la consagración. Él dio a sus apóstoles y sucesores el poder de consagrar, o sea, de convertir el pan en su cuerpo y el vino en su sangre, con estas palabras: *«Haced esto en conmemoración mía»*. (Lc. 22,19).

Es cierto, como dice Santo Tomás, que «Ni el sentido, ni el entendimiento pueden comprender que el verdadero cuerpo y la verdadera sangre de Jesucristo están en este sacramento, sino sólo la fe que se apoya en la autoridad divina». Por tanto nosotros creemos que bajo las especies sacramentales está el mismo Jesucristo oculto, y estará en el Sagrario mientras las especies de pan permanezcan incorruptas, porque Jesucristo nos

lo ha dicho claramente por las palabras de la «promesa» y de la «institución» y por las palabras graves de San Pablo: *«Quien come y bebe sin discernir el cuerpo del Señor, come y bebe su propia condenación»* (1 Cor. 11,29).

Sabiendo que la misericordia de Dios es grande y que *«no quiere la muerte del pecador»* y *«hace como que no ve nuestros pecados por esperarnos a penitencia»*, debemos detestar el pecado para vivir en gracia y sí poder recibir al Señor en la Comunión... y «durante el día, como dice Pablo VI, no debemos omitir el hacer la Visita al Santísimo, porque es prueba de gratitud y de amor...».

19 Principales devociones

Las principales devociones del cristiano deben ser éstas: 1) Al Sagrado Corazón de Jesús, 2) Al Espíritu Santo, 3) A la Virgen María y 4) a San José.

1) *Al Sagrado Corazón de Jesús.* Hay muchos textos en la Biblia que nos hablan del grande amor de Dios a los hombres. Entre otros tenemos éstos: *«¿Puede acaso una mujer olvidar a su pequeñuelo, de suerte que no se apiade del hijo de sus entrañas? Aunque ésta se olvidase. Yo no*

me olvidaría de ti», dice el Señor (Is. 49, 14-15). *«Te he amado con perpetuo —y no interrumpido— amor; por eso te he atraído a Mí lleno de misericordia»* (Jer. 31,3).

Pío XII nos dice: «Aunque estos textos no nos describan abiertamente el Corazón de nuestro Redentor, sin embargo nos ponen frecuentemente de manifiesto su divino amor...». El hecho cierto es que desde los primeros siglos de la Iglesia ha existido la devoción al amor de Jesús, «que tanto ha amado al mundo»... y refiriéndose a Santa Margarita María de Alacoque, la reconoce como promotora de esta devoción, pues a ella estando orando ante el Santísimo Sacramento, allí se le apareció Jesucristo en persona mostrando su corazón y diciéndole: «He aquí el Corazón que tanto ha amado a los hombres... y no recibe de la mayor parte de ellos, más que ingratitudes, irreverencias, sacrilegios y desprecios en el sacramento del amor».

Nuestro deber es corresponder a tan grande amor, visitándole y adorándolo en el sacramento del altar... ¡Sagrado Corazón de Jesús, en Vos confío!

2) *Al Espíritu Santo.* El Espíritu Santo es poco conocido, y sin embargo es «el alma de la Iglesia, pues lo que es el alma con relación al cuerpo, al que le da vida, así el Espíritu Santo vivifica a la Iglesia de Dios» (S. Agustín).

El Espíritu Santo es la tercera Persona de la Santísima Trinidad, que procede del Padre y del Hijo, y por ser Dios como ellos, recibe la misma adoración y gloria».

Jesús había enseñado a sus discípulos durante los tres años de su vida pública muchas cosas, pero aún no tenían conocimiento perfecto de todas ellas, y por eso al final de su vida les prometió enviarles el Espíritu Santo, y así les dijo: *«El Espíritu Santo, que el Padre enviará en mi nombre, os lo enseñará todo y os traerá a la memoria todo lo que os he dicho»* (Jn. 16,25).

En la Escritura se nos dice que el Espíritu Santo es *«el Espíritu del Padre»* (Mt. 10,20), y es también *«el Espíritu del Hijo»* (Gál. 4,6)... Y así decimos que procede del Padre y del Hijo, y tenemos que saber que todos los bautizados, perseverando en gracia, son templo del Espíritu Santo: *«¿No sabéis que sois templos de Dios y que el Espíritu Santo habita en vosotros?»* (1 Cor. 6,9).

Pablo VI dijo: «De todas nuestras devociones, la del Espíritu Santo debería ser la primera». «La Iglesia, decía, tiene necesidad de su Pentecostés permanente..., necesidad de ser templo del Espíritu Santo, es decir, de limpieza total y de vida interior...».

«¡Oh Espíritu Santo, alma de mi alma, yo te adoro! ¡Ilumíname, guíame, fortifícame, consuélame, dime lo que debo hacer, dame tus órdenes; te prometo someterme en todo a tus deseos y aceptar cuanto quieras enviarme! ¡Enséñame solamente tu voluntad!»

Ven Espíritu Santo, llena los corazones de tus files, y enciende en ellos el fuego de tu amor.

3) *Devoción a la Virgen María.* Todos debemos tener gran devoción a la Virgen porque es la más excelsa y santa de todas las criaturas por haber sido destinada a ser Madre del Altísimo, del llamado Hijo de Dios (Lc. 1,32 y 35) «la bendita» o más alabada entre todas las mujeres», «llena de gracia» (Lc. 1,28 y 42), la que *«todas las generaciones llamarán bienaventurada»* (Lc. 1,48).

El Concilio Vaticano II nos dice que ella ocupa después de Cristo, el lugar más alto y más cercano a nosotros, pues Ella «por la gracia de Dios, después de su Hijo, fue exaltada sobre todos los ángeles y los hombres» (LG. 53-54). El por qué de este encumbramiento o exaltación de la Virgen es por ser la Madre de Dios.

En la Biblia leemos: *«María de la cual nació Jesús, por sobrenombre Cristo»* (Mt. 1,16). La Virgen es, pues, Madre de Jesús, y como Jesús es

Dios, por eso decimos que ella es la Madre de Dios. Por Ella vino Jesús al mundo, y así lo dice San Pablo: «*Cumplido que fue el tiempo* (anunciado por los profetas) *envió Dios a su Hijo nacido de una mujer...*» (Gál. 4,4).

Por ser Madre de Dios, por eso es también Inmaculada, la llena de gracia, la que está en el cielo en cuerpo y alma y es nuestra Mediadora ante el Mediador, nuestro Salvador.

Algunos Padres de la Iglesia y teólogos han dicho que la devoción a la Virgen, es señal de predestinación. San Alfonso M.ª de Ligorio dice: «Es imposible moralmente hablando, que el verdadero devoto de María se condene», y recomendaba el rezo devoto de tres Marías diarias a la Virgen, para asegurar por medio de Ella la salvación.

4) *Devoción a San José.* San José es un santo excepcional, que merece le nombremos como el primero entre todos los santos, por ser el padre virginal de Jesús y esposo virginal de María. En los Evangelios se nos dan estos tres datos referentes a su vida o sea, tres breves frases: «Varón justo», «esposo de María» y «padre de Jesús». La palabra «justicia» en la Biblia equivale a *santidad,* conjunto de virtudes y él las practicó todas.

La Virgen y San José estuvieron ligados con el voto de virginidad, y este voto no se opone a que entre ellos no existiera verdadero matrimonio porque la esencia del matrimonio no es la unión de los cuerpos, sino la unión de los espíritus. Sin duda la Virgen manifestó a San José su voluntad de permanecer virgen, y José se comprometió a respetarla y ser custodio de su virginidad.

Santa Teresa de Jesús nos estimula a ser muy devotos de San José, pues a ella le concedió cuantas gracias le pidió, y dice: «A otros santos les dio el Señor gracia para socorrer en una necesidad; a este Santo tengo experiencia que socorre en todas».

Nota: Advierto a mis lectores que de estas devociones tengo precisamente cuatro libros, uno para cada uno titulados: *«El Corazón de Jesús quiere reinar por amor». «¿Quién es el Espíritu Santo?». «La Virgen María a la luz de la Biblia»* y *«Vida de San José».*

20. Vivamos vida de fe y esperanza en la otra vida

1) *Vida de fe.* ¿Qué es fe? Fe es creer o tener por cierto lo que no hemos visto porque Dios nos lo ha revelado. (Hay *fe humana* que se funda en la palabra o testimonio de otros hombres; más

aquí tratamos de la *fe cristiana* que se funda en la palabra de Dios).

Notemos que nosotros no vimos nacer a Jesucristo en Belén, ni morir en el Calvario..., ni hemos visto el infierno, ni a Jesucristo bajo las especies de pan...; pero creemos todas estas cosas por el testimonio del mismo Jesucristo, que vino a la tierra y nos demostró que era Dios, y estas verdades están consignadas en los Evangelios. Las creemos, pues, porque Él nos las ha revelado.

El fundamento de nuestra fe está en la autoridad divina, y sabiendo que Jesucristo es Dios, forzosamente hemos de creer en Él y en todo lo relacionado con Él. Dios nos ha hablado muchas veces por los profetas y por medio de Jesucristo... Y ¿qué nos ha hablado? ¿Qué recitas en el Credo? ¿Qué lees en la Sagrada Escritura? o ¿qué oyes cuando te comentan el Evangelio en el templo?... Estas cosas las ha hablado Dios... y lo que tenemos que creer, lo encontramos resumido en el «Credo».

2) *Vida de esperanza.* La esperanza es una virtud por medio de la cual esperamos con firme confianza el cielo y las gracias necesarias para alcanzarlo. Los verdaderos cristianos viven con una firme esperanza de conseguir el cielo o vida eterna, y ¿por qué viven con esta esperanza si no

han visto la otra vida? Viven con esta esperanza porque Dios omnipotente y bueno nos la ha prometido, y porque Él es fiel en sus promesas y no miente (Tit. 1,1). *«Esta es la promesa que Él nos hizo, la vida eterna»* (1 Jn. 2,25).

—*El fundamento de nuestra esperanza* es la fe. Por eso San Pablo nos dice que *«fe es fundamento de lo que se espera, argumento o prueba de las cosas que no se ven»* (Heb. 11,1).

Reflexión

Nuestra fe se fundamenta en la Biblia o Palabra de Dios interpretada por la Iglesia. Creer, pues, en Dios es tener por cierto su existencia y cuanto Él nos ha dicho, pues si creemos en la palabra de un hombre sabio y veraz, ¡Cuánto más no debemos creer en la palabra infalible de Dios!

La fe en Cristo y en su doctrina viene por el oído, o sea, *por haber oído hablar de Él* (Rom. 10,14-17), y como fe, prácticamente, es aceptar la persona de Cristo y su doctrina, se impone la predicación del Evangelio para salvarse, pues Jesucristo dice claramente: *«Id por todo el mundo, predicad el Evangelio a toda criatura, el que creyere y fuere bautizado se salvará...* (Mc.

16,15). Por eso interesa mucho leer con frecuencia la Sagrada Escritura por contener y ser palabra de Dios, y no basta tener fe, sino que debemos vivir vida de fe. El que tiene simplemente fe, cree en las verdades reveladas, pero las ve como de lejos y en pintura; mas el que tiene espíritu de fe y vive esta vida de fe, las ve de cerca, como si fueran realidad y las contempla.

Además hemos de vivir como *«ciudadanos del cielo»* (Fil. 3,20). Así como el labrador vive con la esperanza de recoger el fruto de la tierra que ha sembrado (Sant. 5,7-8); así nosotros hemos de vivir esperando aquella vida que Dios ha de dar a los que no abandonan su fe. *«Mantengámonos firmes en la esperanza, porque es fiel el que nos ha prometido la vida eterna«* (Heb. 10,23).

21. Habla siempre bien

«Quien quiera amar la vida y ver días dichosos, que guarde su lengua del mal y sus labios de hablar engaño; que se aparte del mal y obre el bien» (1 Ped. 3,10). *«La muerte y la vida están en poder de la lengua»* (Prov. 18,21). *«Con la lengua bendecimos al Señor y Padre nuestro, y con ella maldecimos a los hombres hechos a*

imagen de Dios» (Sant. 3,9). *«Si alguno no peca con la lengua es varón perfecto»* (Sant. 3,2).

«En el mucho hablar no faltará pecado, el que refrena sus labios es sabio» (Prov. 10,19). La lengua revela el corazón del hombre. Por esta razón decía Sócrates a un joven: «Habla para que te conozca». El hombre es conocido enseguida por su lengua. Los que son del mundo y amigos de la tierra, hablan cosas mundanas; los que tienen un alma celestial hablan de las cosas del cielo, de la virtud, de todo lo que ennoblece.

Reflexión

La lengua es un don de Dios. Con ella debemos alabar a Dios y no hablar mal de nuestros prójimos. El pecado de la lengua es el más extendido y corriente entre los mortales, y si bien lo examinamos casi todos los males que nos azotan provienen de ella. De la lengua perversa provienen la mentira, el fraude, la doblez, el engaño, la maledicencia y la calumnia.

El hombre debe ser *«pronto para escuchar, tardo para hablar, tardo para airarse»* (Sant. 1,19). *«¿Has visto al hombre que se precipita en sus discursos? Más se puede esperar del necio que de él. En el mucho hablar no faltará pecado.*

La lengua del insensato lleva a la confusión» (Prov. 29,20; 10,14 y 19).

«Para hablar bien es necesario hablar poco, y entre muchos hablar siempre poco» (Santa Teresa). Quien habla siempre bien, no lo hace a espaldas de los hombres; quien lo hace a espaldas de ellos, no habla bien.

«Antes de oírle hablar no alabes a nadie, porque la palabra es la prueba del hombre» (Eclo. 27,8). «Hablar es sembrar, escuchar es recoger» (Plutarco).

No hablar nunca de si a otros y, por el contrario, hablarles siempre de ellos mismos, he ahí todo el arte de agradar. Todo el mundo lo conoce y todos lo olvidan. La mayor parte de los méritos del hombre están en las palabras que ha dejado de decir. La garantía de que os escuchen, consiste en decir mucho en pocas palabras. Si tenéis algo que decir, decidlo y no digáis más. Saber hablar es un don de muchos; saber callar, sabiduría de pocos; saber escuchar, sabiduría de poquísimos. ¡Cuánto adelantaríamos todos si llevásemos examen de la lengua!

22. Aprovecha el tiempo y vive alegre

«El tiempo es breve..., el aspecto de este mun-

do pasa rápidamente» (1 Cor. 7,29 y 31). *«No nos cansemos de hacer el bien, que a su tiempo cosecharemos, si no desfallecemos. Por consiguiente, mientras disponemos del tiempo, hagamos bien a todos»* (Gál. 2,9-10).

«No difieras para mañana lo que puedas hacer hoy» (S. Ign. de Loyola). «El tiempo pasa volando ¡sin embargo deja huellas!» (Gar-Mar). Dios nos concede el tiempo para merecer, por tanto, nuestro deber es emplearlo en hacer bien. Los charlatanes son ladrones del tiempo...

El lema benedictino «Ora et labora» =*Ora y trabaja,* es de suma importancia. A la oración hemos de unir el trabajo para no estar ociosos jamás, porque «el trabajo es arma poderosa contra el enemigo del alma» (S. J. Bosco).

Siempre conviene obrar bien y no hacer caso de lo que el mundo diga. «Obra bien y nada temas; pero si obras mal, todo puedes temerlo. ¿Por qué no hemos de aprovechar los buenos momentos, ya que el tiempo pasa tan aprisa?» (Beethoven).

«Vivid siempre alegres». Esto es lo que nos dice San Pablo)Fil. 4,4). La verdadera alegría nace de corazones puros. Esta alegría no te vendrá de fuera, o sea, de cines, bailes u otras diversiones profanas, sino que te saldrá de dentro, de

tu alma si vives en gracia. «Ten buena conciencia y siempre tendrás alegría» (Kempis). «Sólo la virtud da una alegría perpetua y duradera» (Séneca).

«Servid al Señor con alegría» (Sal. 100,1). Anímate y alegra tu corazón, echa lejos de ti la tristeza, *«porque a muchos mató la tristeza y no hay utilidad en ella»* (Eclo. 30,24-25). Para echar lejos de ti la tristeza, procura por todos los medios limpiar tu alma de todo pecado, porque la alegría, como hemos dicho, nace de corazones limpios.

Reflexión

Uno de los mayores pecados que podemos cometer es perder los momentos preciosos de tiempo que Dios nos concede para obrar bien. El tiempo que hemos vivido ya ha pasado, y el que nos queda de vida pasará en breve y pasará ¡para siempre! *Mientras disponemos del tiempo obremos el bien...*

Pablo VI, poco antes de morir, nos habló así del tiempo con palabras sabias: «El tiempo, dijo, es la medida de los acontecimientos que se suceden. Es la medida de la vida presente, una vida

que infunde temor, porque nos hace ver que el ayer no existe ya, que el mañana no existe todavía, que no existe más que el hoy; es más, existe tan sólo el instante presente».

Esto nos enseña el valor del tiempo, nos enseña a no perderlo, a emplearlo en cosas útiles y buenas, en cosas que dan sentido a la vida, su valor. Los Padres de la Iglesia inculcan frecuentemente el aprovechar el tiempo y que amemos el trabajo, porque éste ennoblece, da salud, fortifica el cuerpo y el alma, excluye los vicios y hace germinar las virtudes: la inocencia, la paciencia, la fuerza: «Ocupaos siempre en algo para que el demonio os encuentre siempre ocupados, pues el perezoso está lleno de malos deseos» (S. Jerónimo).

San Pablo que nos recomienda el trabajo para evitar la ociosidad, diciendo *«que si alguno no quiere trabajar que no coma»* (2 Tes. 3,10), nos recomienda también que vivamos *«siempre alegres en el Señor»*. La alegría *en el Señor* es la alegría buena y estable, la alegría espiritual, la que lleva paz al alma. Los que viven en pecado no conocen esta paz. La verdadera alegría no está reñida con la piedad, ni con la mortificación. «Un santo triste es un triste santo», decía San Francisco de Sales, y de San Felipe Neri es esta frase de valor ascético: «Tristeza y melancolía fuera de la casa mía».

PECADOS CAPITALES

23. La soberbia

Hay siete pecados o vicios que llamamos «capitales», porque son cabeza, fuente o raíz de todos los demás pecados, y el jefe de todos ellos es la soberbia.

¿Qué es la soberbia? Es un apetito desordenado de la propia excelencia, es decir, no estimar a los otros y querer ser preferido a ellos. La Biblia nos dice: *«No te ensoberbezcas en tu corazón..., porque en el orgullo está la perdición y el desorden«* (Tob. 4,14).

«No te dejes llevar de la soberbia. La soberbia es odiosa a Dios y a los hombres... ¿De qué te ensoberbeces polvo y ceniza?... El principio de la soberbia es apartarse de Dios y alejar de su Hacedor su corazón, porque el principio de todo pecado es la soberbia» (Eclo. 10,6-15) *«Dios resiste a los soberbios y a los humildes da la gracia»* (1 Ped. 5,5).

«Como el orgullo es el principio de todos los crímenes, es también la ruina de todas las virtudes. El orgullo es el primero en la senda del pecado y el último en el arrepentimiento» (San Bernardo).

Reflexión

El orgullo es el vicio opuesto a la virtud de la humildad, el cual «es la señal más evidente de reprobación» (S. Greg. Magno). «Del orgullo nace el desprecio de los pobres, la codicia del dinero, el amor del dominio y el deseo de la gloria. El orgulloso no puede sufrir ninguna prueba de ninguna parte que venga, ni de sus superiores ni de sus inferiores» (S. J. Crisóstomo).

El orgulloso cree saber hasta lo que ignora... no quiere recibir lecciones ni consejos...; es terco...; por estas razones hay pocas esperanzas de verle convertido. El orgullo hace su propia voluntad, y la humildad hace la voluntad de Dios...

No te apegues a tus ideas y voluntad sin oír antes el parecer de las personas prudentes. «Por no haberse querido hacer discípulos de la verdad, los orgullosos han venido a ser maestros del error» (S. Agustín).

«De todos los orgullosos el más insoportable es el que cree saberlo todo» (Filomeno). «El orgullo es complemento de la ignorancia» (Fontenelle). «Cuando el orgullo va delante, la vergüenza y el perjuicio siguen detrás» (Luis XI de Francia).

Mientras el orgullo da origen a las discordias

y pleitos, la humildad es madre de la paz y de la concordia.

24. La avaricia

La avaricia es un pecado capital, fuente de muchos pecados... y causa de desavenencias. La fiebre del dinero es la idolatría de todos los tiempos...

Jesucristo nos dice: *«Guardaos de toda avaricia, porque aunque se tenga mucho, no está la vida —la felicidad— en la hacienda... ¡Insensato!, esta noche te arrancarán el alma, y todo lo que estás acumulando ¿para quién será?»* (Lc. 12,15 y 20).

El avaro en su locura *«amontona tesoros e ignora para quién los reúne»* (Sal. 39,7). *«Dejará sus riquezas a extraños, y no le quedará más que el sepulcro»* (Sal. 49,11).

«Los que quieren ser ricos caen en la tentación y en los lazos del demonio y en muchos deseos inútiles y perniciosos que precipitan a los hombres en el abismo de la perdición y de la condenación. La avaricia es raíz de todos los males; hace perder la fe y nos arroja en medio de grandes dolores» (1 Tim. 6,9-10). *«Los avaros no poseerán el reino de Dios»* (1 Cor. 6,10).

Reflexión

«Ser avaro no es sólo amar el dinero, sino perseguir algo con inmoderado ardor. Cualquiera que desee más de lo que necesita, es avaro» (S. Agustín). «La avaricia hace odioso al hombre, la liberalidad lo hace amable» (Boecio). *«El que se impone privaciones amontona para otros y con sus bienes otros se darán buena vida...Nadie más necio que el que para sí mismo es tacaño, y lleva ya en eso su castigo»* (Eclo. 14,4).

No en la abundancia de las riquezas es donde se halla la vida y felicidad del hombre, sino en la virtud, en la fe, en la posesión de Dios, porque Él sólo da la paz y la tranquilidad del alma.

La raíz de todo mal no es el dinero, sino el amor al dinero. «La caridad une a los hombres, el egoísmo los separa (Aparisi).

«¿Quién es el verdadero rico? El que nada desea. ¿Quién es el verdadero pobre? El avaro... El que quiera ser rico en Dios no amontone dinero para sí; antes, al contrario, distribuya a los pobres el que posee» (San Veda).

«¿Buscáis graneros? Ya los tenéis: esos graneros son los estómagos de los pobres hambrientos» (S. Basilio). «El pan que retienes es del hambriento; el vestido que guardas en el arca es

del desnudo; el calzado que se apolilla y el dinero que encierras, es del necesitado...» (Id.).

Sé desprendido. «La codicia rompe el saco» y «quien más tiene más quiere» (Refrán) ¿Para quién amontonas? Job dijo: *«Desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo tornaré allá»* (1,21).

25. La lujuria o impureza

La Escritura nos dice que seamos castos y recomienda la abnegación, que pongamos freno a nuestros malos pensamientos y deseos y mortifiquemos nuestros instintos, porque el pecado torpe envilece, degrada y esclaviza, y si se introduce en el alma oscurece las cosas espirituales. *«Bienaventurados,* dijo Jesucristo, *los limpios de corazón porque ellos verán a Dios«* (Mt. 5,8).

«Andad en espíritu y no deis satisfacción a la concupiscencia de la carne. Porque la carne tiene tendencias contrarias a las del espíritu, y el espíritu tendencias contrarias a las de la carne« (Gál. 5,16-17). *«¿No sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo?... Huid de la fornicación»* (1Cor. 6,15). *«La fornicación y cualquier género de impurezas ni siquiera se nombra entre vosotros* (Ef. 5,3-7), *quienes tales co-*

sas hacen no heredarán el reino de Dios» Gál. 5,19-21).

«La voluntad de Dios es que seamos santos y castos..., absteniéndoos de la impureza, conservando vuestros cuerpos en santificación y honor, porque no nos ha llamado Dios para la inmundicia, sino para la santificación» (1 Tes. 4,3-4).

Reflexión

Todos hemos de amar la pureza —y el que se sienta con fuerzas para seguir el camino de la virginidad y consagrarse a Dios, que lo siga—. A este fin hay que fortificar la voluntad con la gracia de Dios y frecuencia de los sacramentos.

Grandes son las tentaciones de la carne, y el que se deja llevar de ellas muere para las virtudes y crece para los vicios. «El hombre impuro, en vez de espiritualizar su cuerpo, materializa el alma» (San Agustín).

Dios ha castigado grandemente los pecados de impureza. El más espantoso castigo que ha experimentado el mundo, es el diluvio; y ¿qué atrajo el diluvio de la tierra? La impureza de los hombres. *Toda carne estaba corrompida,* y para la tierra del vicio impuro, Dios envió el diluvio de agua (Gén. 6).

¿Quién hizo caer sobre Sodoma y Gomorra la lluvia de fuego y azufre? La impureza... Aquellos grandes pecados impuros *clamaban al cielo* (Gén. 19,24). Esta virtud exige huir de las ocasiones peligrosas y reclama la mortificación de los sentidos y exige fuerza de voluntad para levantarse, si hubiera caído en el pecado, y no volver a caer en él.

26. La ira

La ira es un apetito desordenado de venganza. En la Biblia leemos: «*El tardo a la ira es prudente, el pronto a la ira hará muchas locuras*» (Prov. 14,29). «*El iracundo promueve contiendas, el que tarde se enoja aplaca rencillas... La respuesta suave quebranta la ira, mas una palabra áspera enciende la cólera*» (Prov. 1 y 8). «*La palabra dulce multiplica los amigos y aplaca a los enemigos*» (Eclo. 6,5).

«*Mejor es el ánimo calmo que el irascible. No te apresures a enojarte, porque la ira de propia de los necios*« (Ecl. 7,8).

Reflexión

La ira es un gran mal..., es una gran fiera que

puede domarse. La ira origina disputas, querellas, injurias, maledicencias, calumnias, juramentos, blasfemias... No te dejes llevar de la ira. Ten presente esta sentencia árabe: «Antes de hablar da cuatro vueltas a la lengua»...

No verás a un hombre a quien haya dominado la ira que después no condene altamente su proceder... Piensa que no es dueño de sí mismo el que injuria, sino que está loco, y no te molestarán sus insultos (S. J. Crisóstomo).

«La ira destruye el encanto de la sociedad, rompe la concordia, quita la luz de la verdad y hace desaparecer el brillo que el Espíritu Santo derrama en el alma» (S. Greg. Magno).

Es preciso considerar la fealdad de la ira, porque ella hace perder el uso de la razón... Plutarco invita al hombre enfurecido a que se contemple en un espejo y en su conducta: viendo que su rostro y sus acciones se parecen a los de un frenético, tendrá aversión a la cólera y la evitará.

El hombre sabio y cuerdo, dijo Platón, se conoce en que cuando lo vituperan, no se enfada, y cuando lo alaban, no se enorgullece; pero el insensato es esclavo de la cólera. Las causas de la ira, son: pérdida de la fe, la mala educación, el orgullo...

«Airaos y no pequéis; el sol no se ponga sobre

vuestra ira. No deis entrada al diablo» (Ef. 4,26-27), pues es propio del diablo conservar en el alma la enemistad y la venganza.

27. La gula

La gula es un apetito desordenado de comer y beber. Los excesos de la mesa originan el embrutecimiento, la lujuria, enfermedades, riñas, embriaguez...

Jesucristo nos dice: *«Estad atentos, no sea que se emboten vuestros corazones por la crápula, la embriaguez y las preocupaciones de la vida»* (Lc. 21,34). La Biblia nos presenta muchos textos en los que se nos habla de los males de la gula y de la embriaguez. Veamos algunos:

«Los excesos en las comidas producen enfermedades, y la ansiedad produce cólera. Muchos han muerto por la intemperancia, y el hombre sobrio prolonga la vida» (Prov. 37,33-34).

«Come decentemente lo que te sirvan, y no comas vorazmente e incurras en desprecio. Sé el primero en dejar de comer por cortesía, y no te muestres insaciable para que no te desprecien. Si te sientas en medio de muchos no extiendas el primero la mano.

Con poco le basta al hombre bien criado, y así

no se siente molesto en el lecho. Sueño tranquilo es el del estómago no cargado; se levantará por la mañana dueño de sí. Dolor, insomnio, fatiga y retortijón son la parte del intemperante» (Eclo. 31,19-24).

«Lujuriosa cosa es el vino y llena está de desórdenes la embriaguez; no será sabio quien a ella se entregue» (Prov. 20,1). *«El vino y las mujeres extravían a los sensatos. El que frecuenta las meretrices se hará un desvergonzado, la corrupción será su herencia, y el procaz va a la ruina»* (Eclo. 19).

Reflexión

Mientras la gula es madre de la lujuria, la sobriedad o moderación en el comer y beber es madre de la salud, de la sabiduría y de la santidad. Tengamos presente el dicho de Séneca: «Hay algunos que viven para comer; pero yo como para vivir».

Interesante es también este dicho de un filósofo: «Cuando estéis en la mesa considerad que tenéis dos convidados: el cuerpo y el alma. Acordaos de lo que dáis a vuestro cuerpo desaparecerá pronto, mientras que lo que dáis a vuestra alma, durará siempre».

«La gula, dice San Jerónimo, destruye el cuerpo y el alma». En la medida que se va acercando uno a la vejez, está bien tener en cuenta este dicho: «La salud no está en el plato, sino en la suela del zapato». Hay, pues, que ser sobrios en las comidas y mover el cuerpo, no apoltronarse y estar ocupado en algo.

«El vino es petulante y los licores alborotadores, al que por ellos va haciendo eses no hará cosa buena» (Prov. 20,1), es decir, el que tiene el vicio de embriagarse «no hará cosa buena», pues el vino y los licores son enemigos de la sabiduría. «Donde entra el beber, sale fuera el saber».

El vino tomado a propósito y con sobriedad restablece el estómago, repara las fuerzas abatidas y da una alegría saludable; pero tomado con poca moderación, se convierte en veneno para el cuerpo y para el alma» (S. J. Crisóstomo). San Pablo lo recomendaba a su discípulo Timoteo con un poco de agua para las enfermedades del estómago (1 Tim. 5,23).

28. La envidia

Envidia es un pesar del bien ajeno, «es el odio por la felicidad de los demás» (S. Agustín). Éste

es un pecado mezquino y miserable, la más baja y odiosa de todas las pasiones; de ella nacen el odio, la ira y la venganza. Ejemplos: Caín mató a su hermano Abel por envidia, y por envidia José fue vendido por sus hermanos...

«No tengas envidia del malvado ni desees ponerte en su lugar, porque su corazón maquina la ruina y sus labios no hablan más que para dañar» (Prov. 24,1-2). *«La envidia es carcoma de los huesos»* (Prov. 14,30). *«Por la envidia del diablo entró la muerte en el mundo»* (Sab. 2,24). *«La envidia es invención de Satanás»* (S. J. Crisóstomo).

«La envidia es la más baja, la más odiosa, la más vituperada de todas las pasiones» (Bossuet).

Reflexión

La envidia que es «manantial de las disputas y pleitos», hay que destruirla con la dulzura y la caridad, con el desprecio de la gloria y de los bienes temporales y el deseo de los eternos.

El Abad Poemen dijo: «No habites en lugar donde ves que otros te tienen envidia, porque allí no aprovecharás». «Una de las venganzas de la envidia consiste frecuentemente en ''alabar a otro''» (Gar-Mar).

Preguntaron a Sócrates qué es lo que es daño-

so a los buenos y atormenta a los malos, y contestó: «La felicidad de los malos es dañosa a los buenos; y la prosperidad de los buenos atormenta a los malos con la envidia».

«No hay cosa peor que la envida; por perder a otro, el envidioso se pierde a sí mismo» (S. J. Crisóstomo). La envidia es fiera venenosa, «causa y madre de todos los males» (Id.).

«Grande es el hombre que doma la envidia por medio de la humildad» (S. Agustín).

Hemos de alegrarnos del bien de los demás. La dulzura, la mansedumbre, la bondad y la caridad destruyen este vicio. Huyamos de él.

29. La pereza

Pereza es un caimiento de ánimo en el bien obrar; es como un apetito desordenado de reposo. El agua que se estanca no corre, se corrompe... La ociosidad es madre de todos los vicios.

El perezoso es un ser inútil. ¿Para qué sirve tu vida? Es la higuera estéril del Evangelio, que inútilmente ocupa la tierra... El campo del perezoso está lleno de ortigas... *«Ve, oh perezoso, a la hormiga, mira sus caminos y hazte sabio..., se prepara en el verano su mantenimiento, reúne su comida al tiempo de la mies... Ve a la abeja, y*

aprende cómo trabaja y produce rica labor... ¿Hasta cuando perezoso dormirás, cuándo despertarás de tu sueño?...» (Prov. 6,6-11).

Reflexión

«La ociosidad enseña muchas maldades» (Prov. 33,29). El perezoso se hace indigno de la existencia, y como al árbol sin fruto hay que decir: *«¿Para que ocupar terreno en balde?»*

Hay tres modos de no hacer nada: 1.° Estar ocioso. 2.° No hacer lo que debiera hacerse o hacer lo que no debiera hacerse. 3.° Hacer mal lo que se hace. «La pereza trae la ignorancia... ahuyenta los buenos pensamientos, los buenos deseos, las luces, la gracia, la virtud y todos los bienes (S. Crisóstomo).

El tiempo actual es tiempo de trabajo. La eternidad será el día del descanso y premio eterno. «Ocupaos siempre en algo para que el maligno espíritu no os encuentre ociosos» (San Jerónimo).

La historia del perezoso se refleja en estas palabras «quiere y no quiere». Los que se limitan a decir: «querrían» son los que en realidad no quieren, porque no ponen los medios para serlo. ¡Cuántos santos «en futuro», pero pecadores en

realidad! *«El hombre recogerá lo que haya sembrado»* (Gál. 6,7-8).

30. Los novísimos

Los novísimos son las *postrimerías* o *lo último* que Dios asigna a cada ser humano. Pablo VI dijo: «De los novísimos hablan pocos y poco», mas conviene tenerlos muy en cuenta, y pensar en ellos, como nos amonesta la Sagrada Escritura: *«Acuérdate de tus postrimerías y no pecarás jamás»* (Eclo. 7,40).

Muerte, juicio, infierno y gloria, ten cristiano en tu memoria.

1. *La muerte.* Para saber vivir, tenemos que aprender a morir: *«Acuérdate de que la muerte no tarda y no sabes cuando vendrá»* para que ordenes mejor tu vida (Eclo. 14,12-15). *«Acuérdate en los días de la juventud de tu Hacedor, antes que el polvo* (el cuerpo) *vuelva a la tierra, y tu alma a Dios que le dio el ser»* (Ecl. 12,7).

La muerte es común a todos los hombres, y es una consecuencia del pecado (Rom. 5,12). Consiste en la separación del alma y del cuerpo. Con la muerte se termina el tiempo de merecer.

La Liturgia de la Misa de Difuntos nos con-

suela y anima a vivir con la esperanza en el cielo al decirnos: «La vida no termina, se transforma, y disuelta nuestra morada terrenal, conseguimos una mansión eterna en el cielo».

Y San Pablo nos dice: *«No estéis triste como los que no tienen esperanza»* de la vida eterna (1 Tes. 4,13). *«Dios creó al hombre para la inmortalidad«* (Sab. 2,23). *«La tienda de nuestra mansión terrena se deshace... pero nos espera una mansión eterna en el cielo»* (2 Cor. 5,1-10).

2. El juicio. Hay dos clases: *uno particular,* que tendrá lugar después de la muerte, pues *«está establecido morir una sola vez, y después de esto el juicio»* (Heb. 9,27) en el que Dios premiará o castigará a cada uno según sus obras (Mt. 25,34), y al fin del mundo habrá un juicio *universal,* cuando Cristo venga a juzgar a vivos y muertos, y se ratificará la sentencia públicamente.

3. El infierno. Este es un dogma de fe, verdad revelada muchas veces en la Sagrada Escritura. En el Evangelio leemos que un día Jesucristo dirá a los impíos: *«Apartaos de Mi, malditos, al fuego eterno..., y estos irán al suplicio eterno»* (Mt. 25,41 y 46). El infierno es, pues, un lugar de tormentos eternos donde van las almas de los que mueren en pecado mortal. El mayor de los tormentos es la separación de Dios, sumo Bien.

Algunos dicen: Dios es Padre y no puede castigar con penas eternas. Respondemos: Dios es Padre misericordioso, pero también es justo, y si uno no quiere cuentas con Dios y le blasfema y conculca su Ley, Dios no es culpable de su perdición. Si uno cierra la ventana de su habitación para que no entre en ella el sol, ¿quién tiene la culpa de que no le alumbre?

Morir en pecado mortal, sin estar arrepentido ni acoger el amor misericordioso de Dios, significa permanecer separados de Él para siempre por nuestra propia y libre elección... y esto es ya «infierno».

Un ejemplo gráfico. Aunque bastan las palabras de Jesucristo para demostrar la existencia del infierno, veamos un ejemplo, que merece crédito.

El Padre Baldinucci, italiano (y este ejemplo consta en el proceso de su beatificación), predicando en la diócesis de Veletri (Italia), en una plaza pública en primavera, llena de árboles frondosos, dejó de hablar en medio de su sermón, y hecho gran silencio, dijo: «Lo mismo que en otoño el vendabal arroja al suelo las hojas de los árboles, así he visto yo caer innumerables almas en el infierno». Y al momento todas las hojas verdes de aquellos árboles, cayeron al suelo, lo que causó

gran impresión en los oyentes, siendo todos ellos testigos.

4) *El cielo*. La doctrina de la Iglesia sobre le cielo es ésta: Los que mueren en gracia y amistad de Dios y están perfectamente purificados, viven para siempre con Cristo. En el cielo serán para siempre semejantes a Dios, porque le verán *«tal cual es»* (1 Jn. 3,2) *«cara a cara»* (1 Cor. 13,12; Apoc. 22,4).

San Agustín, al hablar del cielo, dice: «Toda la Sagrada Escritura nos exhorta a desprendernos de la tierra y a dirigir nuestra mirada al cielo, en donde se halla la verdadera y suprema felicidad». El cielo es morada de Dios y de los santos que parten de este mundo..., y es el premio de los que sirven y aman a Dios en esta vida.

La felicidad del cielo es tan grande que no hay palabras para poderla expresar: *«Ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni vino a la mente del hombre lo que Dios tiene preparado para los que le aman»* (2 Cor. 12,4).

Todo hombre debe pensar en su fin último: de dónde viene, a dónde va y para que está en este mundo... Somos hechura de Dios, de Él depende nuestra vida y justo que le amemos y vayamos por el camino de sus mandamientos pues a todos dice: *«Si quieres entrar en la vida eterna, guarda los mandamientos»* (Mt. 19,17).

Yo ¿para qué nací? Para salvarme.
Que tengo que morir es infalible.
Dejar de ver a Dios y condenarme,
triste cosa será, pero posible.
¡Posible! ¿Y río y duermo y quiero holgarme?
¡Posible! ¿y tengo amor a lo visible?
¿Qué hago? ¿En qué me ocupo? ¿En qué me encanto?
¡Loco debo ser, pues no soy santo!

Fray Pedro de los Reyes

«Dios señaló al hombre un número contado de días, y le dio dominio sobre la tierra. Dióle inteligencia, lengua y ojos para que viese la grandeza de sus obras, para que alabara su santo nombre y pregonara la grandeza de esas sus obras. Y le dijo: Guardaos de toda iniquidad». (Eclo. 17,3 ss).

ÍNDICE

PRESENTACIÓN 3

BREVE INTRODUCCIÓN

—¿Quién es Jesucristo?........................ 5
—¿Cuándo empezó a escribirse su vida? 7
—Qué decía las gentes de Jesucristo? 9

JESUCRISTO EN EL EVANGELIO

Lecciones que nos da:

—1. Jesús nos enseña a orar.............. 11
—2. ¿Cuándo debemos orar? 13
—3. Poder y eficacia de la oración..... 15
—4. La Biblia, libro de oración......... 17
—5. La siembra de la palabra divina.. 20
—6. Jesús nace, vive y muere pobremente 22
—7. No alleguéis tesoros en la tierra.. 24
—8. Aprended de Mi... 27
—9. Bienaventurados los limpios de corazón.. 29
—10. No nos dejes caer en la tentación 32

—11. El camino de la cruz 34
—12. Para lograr la santidad 37
—13. Sufrid con paciencia 39
—14. Amaos los unos a los otros 42
—15. No pierdas la juventud 45
—16. Jesús... y la juventud 47
—17. Valor de la gracia y malicia del pecado 50
—18. Los sacramentos de la penitencia y Eucaristía 51
—19. Principales devociones 57
—20. Vivamos vida de fe y esperanza en la otra vida 62
—21. Habla siempre bien 65
—22. Aprovecha el tiempo y vive alegre 67

PECADOS CAPITALES

—23. La soberbia 71
—24. La avaricia 73
—25. La lujuria o impureza 75
—26. La ira 77
—27. La gula 79
—28. La envidia 81
—29. La pereza 83
—30. Los Novísimos 85